

EL PLANETA LOCO

CLARK CARRADOS

En el interior de la astronave, la expectación era inmensa. Era el primer planeta de características, al parecer, terrestres, y el hecho tenía suma importancia. Si resultaba habitable, se habría dado el primer paso en la colonización de otros mundos por parte de los habitantes de la Tierra.

Después del aterrizaje, hubo unos momentos de silencio. Cada tripulante esperaba en su sitio y todos los rostros estaban unánimemente vueltos hacia los altoparlantes, esperando los resultados del análisis automático.

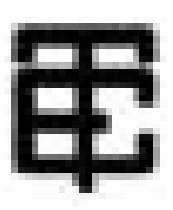
El analizador automático había salido proyectado al exterior. Sus aparatos habían entrado en funcionamiento y emitían observaciones, que eran leídas por los ojos de un cerebro electrónico, conectado con un traductor de lecturas a palabras inteligibles.



Clark Carrados

El planeta loco

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 277



ePub r1.0

LDS 02.01.19

Título original: *El planeta loco*
Clark Carrados, 1961
Cubierta: Giralt
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




EL PLANETA
LOCO

CAPÍTULO PRIMERO



ostenida por sus eyectores antigravitatorios, la enorme nave se posó con toda suavidad sobre el suelo del planeta.

En el interior de la astronave, la expectación era inmensa. Era el primer planeta de características, al parecer, terrestres, y el hecho tenía suma importancia. Si resultaba habitable, se habría dado el primer paso en la colonización de otros mundos por parte de los habitantes de la Tierra.

Después del aterrizaje, hubo unos momentos de silencio. Cada tripulante esperaba en su sitio y todos los rostros estaban unánimemente vueltos hacia los altoparlantes, esperando los resultados del análisis automático.

El analizador automático había salido proyectado al exterior. Sus aparatos habían entrado en funcionamiento y emitían observaciones, que eran leídas por los ojos de un cerebro electrónico, conectado con un traductor de lecturas a palabras

inteligibles.

Los megáfonos sonaron de pronto.

—Atmósfera; veintidós por ciento de oxígeno y setenta y seis por ciento de nitrógeno. Otros gases inofensivos, uno y medio por ciento. Gas no identificado pero inofensivo: medio por ciento. Vapor de agua, cincuenta y seis por ciento, proporción variable…

—Circunferencia, cuarenta y dos mil metros…

—Densidad media, cinco coma noventa…

—Tiempo de rotación diurna,

24 h.

15 m.

37 s…

—Distancia a su estrella solar, promedio ciento setenta y cinco millones de kilómetros…

Durante unos minutos, el altavoz estuvo detallado las principales características del planeta. Al concluir, se hizo un pequeño período de silencio.

Después se oyó otra voz. Era la del doctor Baunder, jefe de la expedición.

—Habla el doctor Baunder. Como ustedes han oído muy bien, este planeta es de características muy similares a las de nuestra Tierra. Según todas las apariencias, podrán instalarse en él miles de colonos, cuyo número aumentará indiscutiblemente con el transcurso de los tiempos. Antes, sin embargo, es preciso realizar una serie de exploraciones, lo más completas posible, con el fin de llevar a nuestro regreso un informe exhaustivo de las condiciones de vida de este planeta.

»La primera patrulla exploradora estará compuesta por la doctora Torres, cuyo mando ejercerá; el geólogo MacDuff; el topógrafo Beratti y el biólogo Debrais, acompañados todos ellos por el sargento de escolta Fargo con cuatro de sus hombres como ayudantes. Pueden partir en cuanto estén preparados.

»La segunda patrulla estará compuesta por…

El sargento Fargo era un hombre de unos treinta y siete años de edad, de mediana estatura, con la musculatura de un oso polar y la reciedumbre de un edificio de hormigón armado. Como buen militar, llevaba el pelo cortado casi al rape, de tal forma que parecía estar, como sus rasgos fisonómicos, tallado en granito.

Tenía los ojos azules, fríos como el hielo y con sus manos era capaz de partir en dos con toda facilidad una herradura. No tenía aspecto de gran inteligencia, aunque sí era trabajador y activo. Alguno de sus antepasados había procedido de la Europa central y por ello su madre le había puesto al nacer el nombre de Boris.

Estaba al mando del pelotón de escolta y ayuda de la nave, compuesto, además de por él mismo, por el cabo Tooper y doce hombres más.

Al escuchar la orden se hallaba en la cámara donde se alojaban los componentes del pelotón de escolta.

—Cabo Tooper —dijo—, usted nombrará otros cuatro hombres de patrulla para escoltar, tomando el mando. Labiza, Skacz, Harrocks y White vendrán conmigo. Los cuatro restantes quedarán en la nave, esperando órdenes del doctor Baunder, al mando del soldado Deragon. Los que he nombrado yo, que se alisten con todo lo requerido para partir dentro de diez minutos. Eso es todo.

Salió de la cámara y tomó un ascensor que le llevó a una especie de rellano situado tres cubiertas más arriba. Buscó una puerta con la vista hasta hallarla.

Sobre la puerta había un rótulo.

Dra. H. Torres.

Tocó con los nudillos. Una voz se oyó al instante.

—Entre.

Boris abrió la puerta y cruzó el umbral. Cerró a sus espaldas y dijo:

—Doctora, el sargento Fargo a su disposición. Listos para partir dentro de diez minutos.

La mujer estaba inclinada sobre una bolsa de lona, con correas para llevarla a la espalda. Terminó de asegurar éstas y se irguió.

Era una joven de unos veintiocho años de edad, tan alta como el sargento, muy fina y esbelta, de cabellos obscuros y ojos castaños muy grandes, tez blanca y labios rojos. En aquel momento vestía el traje común a todos los astronautas: un monopieza esponjoso color gris claro, ceñido en el talle por un ancho cinturón de cuero con algunas anillas para colgar diversos objetos.

Sonrió.

—Estaré lista en cinco minutos, sargento —dijo.

—Muchas gracias, doctora. Si no tiene inconveniente, la esperaré junto a la esclusa.

—Perfectamente. Gracias, sargento.

Boris saludó y salió.

Cuando llegó a la cámara donde se alojaba, sus hombres estaban ya listos. Les revisó el armamento y equipo: una manta enrollada, cuya finura de tejido la hacía ser poco mayor que un pañuelo de cabeza; cantimplora con agua, bolsa con raciones extractadas para cuatro días, prismáticos, transmisor individual, conectado al casco protector, botellita de oxígeno, bolsa de primeros auxilios, rifle y pistola con las correspondientes municiones y algún otro objeto más, tales como unos pequeños picos, palas y hachas, que los soldados llevaban colgados del cinturón. El casco era semiesférico, con una larga visera para proteger el rostro de los ardores del sol y colgadas del cuello llevaban unas gafas protectoras de color.

También llevaban, distribuidos entre los cuatro, los elementos necesarios para montar una tienda de campaña, hecha de un tejido sumamente fino y compacto, que lo hacía totalmente impermeable al agua, a la vez que retenía notablemente el calor interno.

Boris tomó su parte de equipo, acomodándosela con la rapidez hija de la práctica. Cogió su rifle, revisando la carga, tras de lo cual dio la orden:

—¡En marcha!

Al llegar a la esclusa vieron ya a los científicos nombrados para formar parte de la primera patrulla exploradora. Boris los saludó, quedando luego en un discreto segundo término.

Los científicos comentaban entre sí el feliz hallazgo del planeta.

—Creo que al cabo de tanto tiempo de vagar por el espacio y explorar planetas hostiles, hemos dado con uno que colmará nuestras aspiraciones —decía el geólogo MacDuff.

—El aspecto es atractivo —contestó Debrais, el biólogo—. He podido divisar muchos árboles, algunos de ellos, al parecer, con frutos. Esto resolvería notablemente el problema de la alimentación.

—A lo lejos vi una gran cadena de montañas —expresó Beratti el topógrafo—. Incluso se ve la nieve cubriendo las cimas.

Debrais exhaló una alegre carcajada.

—Los esquiadores podrán venir también aquí.

—¿Qué nombre se le dará a este planeta? —preguntó MacDuff.

—Eso depende. Si nos quedamos, será cosa de estudiar uno y someterlo luego a votación. De lo contrario —concluyó Debrais—, se hará como en anteriores ocasiones: unas cifras y unas letras y andando.

En aquel momento llegó la doctora Torres. Movió la cabeza varias veces, saludando a los presentes.

—Les ruego me dispensen el retraso, pero estuve cambiando impresiones con el doctor Baunder. —Sonrió encantadoramente—. No lo achaquen a mi condición de mujer.

—Las mujeres tienen el privilegio de llegar tarde siempre sin que nadie se lo pueda reprochar —dijo Beratti galantemente.

—Gracias —contestó ella con cierta sequedad—. Y ahora, partamos.

Uno de los especialistas de la nave manejó el mando de apertura de la escotilla y ésta se abrió de par en par. MacDuff respiró a pleno pulmón.

—¡Ah, qué hermoso es respirar aire puro y no en conserva!

Debrais olfateó varias veces.

—Juraría que este aire tiene un olor un poco raro, algo dulzón ¿no les parece?

La doctora sacudió la cabeza.

—Yo no encuentro ese olor que usted dice, Debrais —contestó —. De todas formas, no puede ser peligroso; el analizador nos lo hubiera señalado de inmediato. Vamos.

El operario manejó el ascensor, una simple plataforma al extremo de un cable, cuya polea sobresalía metro y medio fuera del casco de la astronave. Bajaron en tres grupos y al terminar el último, la doctora señaló el camino a seguir.

—Hacia allí —dijo, tendiendo la mano hacia un bosque cercano.

—¿Habrá fieras? —preguntó Beratti.

El bosque estaba formado por unos árboles muy parecidos a los de la Tierra y el suelo estaba cubierto por un fino césped de color verde claro, que amarilleaba en algunos sitios. Los árboles semejaban encinas, aunque con las hojas mucho mayores. Algunos de los troncos alcanzaban espesores notables. Por encima de las copas se veía a lo lejos las crestas nevadas de una cadena de montañas altísima.

La doctora rompió la marcha. Boris iba a su lado, un poco hacia

la izquierda, con el rifle en las manos, y sus cuatro soldados encerraban el grupo de científicos.

La distancia al bosque fue cubierta en pocos minutos. Antes de adentrarse en él, la doctora volvió la vista hacia atrás.

El grupo se detuvo unos instantes. La nave se alzaba en el lugar de aterrizaje, brillando esplendorosamente al recibir los rayos de la estrella que proporcionaba luz y calor al planeta. La segunda patrulla descendía en aquellos momentos.

—Vamos —decretó la doctora al cabo.

Se adentraron en el bosque. Colgados de las ramas de los árboles se veían unos extraños frutos, semejantes a naranjas pequeñas, pero con la disposición de un racimo de uvas.

—Parecen comestibles —dijo Beratti.

—No los toquen ni los prueben hasta que hayan sido analizados convenientemente —ordenó la doctora.

De pronto, uno de los soldados lanzó un grito:

—¡Eh, ese árbol se ha movido!

El grupo entero se detuvo al mismo tiempo. Boris corrió hacia el que acababa de hablar.

—¿Qué es lo que dices, estúpido? —Gruñó—. ¡Los árboles no se mueven, White!

El soldado miró a su superior con mala cara.

—Pues yo estoy seguro de ello, sargento. Demonios, no he bebido otra cosa que agua y café desde hace dos meses. La última vez que probé un sorbito de licor fue cuando…

—Está bien —le interrumpió la doctora Torres—. ¿Qué árbol es el que se ha movido, soldado?

White indicó uno con la mano.

—Ese mismo. Dio un saltito hacia nuestra derecha y…

Boris frunció el ceño. Miró al soldado con aíre suspicaz y luego caminó hacia el árbol.

Cuando se halló junto al mismo, alargó el brazo para tocar su corteza. En aquel momento, brotó un puño del tronco.

El sargento poseía una envidiable agilidad de reflejos y saltó hacia atrás, al mismo tiempo que emitía una gruesa interjección.

—¿Qué le ha sucedido? —gritó la doctora.

—¡Rayos! —masculló Boris—. Si me descuido, me machaca las narices.

La doctora se le acercó.

—¿Por qué ha saltado, sargento?

Boris sacudió la cabeza.

—En lo que respecta al licor —dijo—, estoy lo mismo que el soldado White. Pero en mi vida había visto árboles que se dedicaran a soltar puñetazos a la gente.

—¿Eh? ¿Está usted bien, sargento?

Boris miró a la joven.

—Doctora, hace pocos días el psiquiatra de la nave me hizo un «test» completo. Mi mente funciona a la perfección. Un puño salió del tronco del árbol y por poco me alcanza en la mandíbula.

La doctora contempló a Boris con aire receloso. Luego se acercó al árbol y lo tocó con la mano.

Se volvió hacia él, muy sonriente, todavía apoyada en el árbol.

—¿Lo ve usted, sargento? No hay manos que valgan. Se trata solamente de una ligera alucinación, creada por una prolongada estancia en el interior de la nave. Quizás un sentimiento instintivo de autodefensa, eso es todo.

Boris sacudió la cabeza.

—¡Hum! Pues yo lo vi con toda claridad, doctora. No hay engaño posible. —Se acercó al árbol y lo tocó con la mano—. Lo que pasa es que con las mujeres sabe portarse galantemente, eso es todo.

—Sí —concordó ella, mirándole con reticencia—, eso debe ser. Sigamos.

Volvió la espalda al árbol y en el mismo instante, sintió una terrible palmada en el final de la espalda.

La doctora se volvió hacia Boris con expresión iracunda, a la vez que se frotaba con la mano la región afectada.

—¡Sargento! —exclamó—. Nunca creí que fuera usted tan grosero. —Y antes de que Boris, completamente estupefacto, acertara a reaccionar, levantó la mano y se la estrelló en pleno rostro dándole una sonora bofetada.

—¡Doctora! —exclamó Boris.

Uno de los soldados rompió a reír convulsivamente.

—¡Silencio, Labiza! —aulló el sargento, rojo como un tomate.

Intervino el biólogo.

—Doctora, repórtese. Estoy seguro de que el sargento no lo hizo

adrede. ¿No es cierto, Fargo?

Boris masculló algo entre dientes.

—No la he tocado —dijo—. Ni siquiera había movido la mano. Eso ha sido el maldito árbol que…

—¡No diga tonterías, sargento! —gritó ella, muy sulfurada—. Al menos, tenga la bondad de reconocer noblemente su falta. Está bien, trataré de olvidarlo, pero si lo repite, le confinaré en su cámara hasta que hayamos regresado a la Tierra.

Boris apretó los labios.

—De acuerdo —dijo ceñudo.

Y rompió la marcha de nuevo, en el momento en que se oía una enorme carcajada.

El grupo se detuvo de nuevo. Nueve rostros miraron en todas direcciones, con expresión aprensiva, mientras se extinguían en la atmósfera los ecos de la carcajada, cuyos sonidos tenían mucho de siniestro.

Hubo una pausa de silencio. Después, Boris dijo:

—Bueno, esta vez me parece que no se trata de ninguna alucinación individual. Creo que todos hemos oído esas carcajadas, ¿no?

Alguien deglutió convulsivamente. Por fin, la doctora dio un paso hacia delante.

—Sigamos. Mientras estemos detenidos, no conseguiremos averiguar nada.

Rompió la marcha sin vacilar, seguida por Boris y los otros. Poco más adelante oyeron unos ladridos.

El grupo se detuvo. Los ladridos procedían ahora de su retaguardia.

De pronto, un pequeño perrito salió de la espesura, deteniéndose a pocos pasos del pelotón. Uno de los soldados, Harrocks, se acuclilló en el suelo, llamándole con la voz y el gesto.

—Perrito, ven… pstt… ven, perrito…

El animalillo continuaba ladrándoles. Súbitamente empezó a crecer desmesuradamente.

—¡Eh! —gritó uno.

—¡Cuidado!

—¡Maten a esa fiera!

Harrocks se puso en pie de un salto. Temblaba de pavor.

Tratando de conservar la serenidad, Boris aprontó su rifle. El perro continuaba creciendo con vertiginosa rapidez.

En pocos segundos alcanzó un tamaño gigantesco, mientras sus ladridos resonaban desaforadamente en los oídos de los expedicionarios.

La mano de Harmony Torres se crispó en el brazo de Boris.

—¡Dios mío! Eso no puede ser posible. Dispare, sargento, dispare.

La cabeza del perro emergía ya por encima de las copas de los árboles. Sus pelos parecían casi como postes de telégrafos.

De pronto bajó la cabeza a la vez que abría unas fauces por las cuales hubiera podido pasar cómodamente un tren de carga. Lanzó un gruñido atronador.

Harrocks dio media vuelta y, arrojando el rifle, trató de huir despavorido.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Sálvenme de esta fiera!

La boca del perro alcanzó al desdichado. Harrocks desapareció en un santiamén en las fauces del animal. Sus gritos se cortaron al instante.

Entonces fue cuando Boris salió de aquella terrorífica estupefacción en que había caído. Levantando el arma, empezó a disparar.

Apuntó hacia lo alto, en dirección a la cabeza del animal, que parecía dispuesto a repetir la experiencia que debía parecerle tan sabrosa.

Las detonaciones estallaron fragorosamente. Él rifle era automático y su depósito contenía diez cartuchos con proyectiles de alta velocidad. En otros tantos segundos, Boris disparó los cartuchos.

Entonces ocurrió un fenómeno inesperado.

El perro empezó a perder tamaño al mismo tiempo que de su garganta brotaba un doliente gañido, similar al de un globo de goma muy hinchado cuando pierde el aire rápidamente. En pocos segundos, el perro se redujo a sus límites primitivos.

Boris, la doctora y sus compañeros contemplaban la escena completamente aturdidos. Aquello que estaba sucediendo delante de sus narices resultaba absurdo e increíble.

Pero no terminó todo con la reducción del perro a su tamaño

normal, sino que el animal continuó perdiendo volumen, hasta convertirse en una diminuta figurita que apenas si podía verse. De pronto, se produjo un débil chispazo y el perro desapareció por completo.

¡Y de Harrocks no quedó el menor rastro!

Los expedicionarios estaban alelados, inmóviles, más asombrados que espantados, incapaces de hacer otro movimiento que no fuera el de respirar.

De pronto, uno de los soldados, Skacz, dio media vuelta y echó a correr.

—Yo me marcho de aquí —gritaba, enloquecido.

Boris echó a correr tras él, llegando en pocos momentos a la linde del bosque. Se detuvo, quedando en el sitio como petrificado, sin importarle mucho la carrera ni los alaridos de Skacz.

Tenía motivos para sentirse asombrado de nuevo. ¡La nave había desaparecido!

CAPÍTULO II



úgubre silencio se expandió por la llanura. En lo alto, el sol brillaba con fuerza y una leve brisa rizaba las puntas de los tallos de hierba.

Skacz se había dejado caer al suelo y gemía monótonamente.

—¡Nos han dejado, nos han dejado! —repetía una y otra vez.

—Esto es imposible —gruñó MacDuff—. Debiéramos haber oído el silbido de los generadores de campos antigravitatorios. Una nave con setenta y cinco personas a bordo y provisiones para diez años no desaparece así como así.

Pero no se veía el menor rastro del aparato. La llegada había tenido lugar en un ancho claro de cerca de dos kilómetros de anchura y el claro estaba completamente desierto.

Boris se sentó en el suelo, cruzó las piernas, sacó un cigarrillo y se lo puso en la boca.

—Bueno —dijo—, sea como sea, se ha producido un hecho incontrovertible. La nave ha desaparecido.

Y miró a la doctora.

Harmony Torres se frotó un pie contra el otro. —No me mire de esa manera, sargento— expresó con reticencia—. Yo no soy la culpable.

—Pero sí el segundo jefe de la expedición. Y en ausencia del doctor Baunder es usted la que nos debe mandar ahora.

Harmony consultó a sus compañeros con la vista.

—El sargento tiene razón —aprobó Debrais.

—Dénos órdenes, doctora —pidió Beratti.

—Bien —contestó ella con cautela—, francamente, no sé qué decir. Estamos en un planeta aparentemente normal, de configuración sensiblemente igual a la de la Tierra, pero en el cual ocurren cosas muy extrañas. Perros que crecen hasta alcanzar el tamaño de casas y que devoran a los hombres con toda facilidad; personas que ríen locamente y a las que no se puede localizar, astronaves que desaparecen misteriosamente…

—… y árboles que pegan palmadas en la parte más sensible de la anatomía humana —rió Boris.

Harmony se puso muy encarnada.

—Fue usted, grosero —le espetó—. Y no vuelva a repetirlo, porque, porque…

—Mejor que acusarme de algo que no he hecho, pero que, sin duda, me hubiera gustado hacer sobremanera, debería ir pensando en nuestra futura línea de conducta, doctora —dijo Boris. Alargó el pie y golpeó el hombro de Skacz—. Deja de llorar, tú.

Harmony se volvió hacia los otros.

—Desearía me hicieran alguna sugerencia antes de tomar una decisión en firme, caballeros —dijo.

MacDuff se rascó la nariz.

—Bien, doctora, el lugar es muy ameno, pero, en mi opinión, no muy apto para una eventual acampada.

—¿Por qué?

—Falta lo primordial: el agua. Sin agua no hay campamento.

Harmony miró a Debrais.

—¿Qué dice el biólogo?

—De acuerdo con mi compañero, doctora.

—Debemos marchar de aquí y buscar un sitio donde establecernos —expresó Beratti—, a ser posible muy cerca de este

claro. En todo caso, volver con alguna frecuencia y dejar una señal visible para cuando regrese la astronave.

—Es una buena idea —aprobó Harmony—. ¿Alguna sugerencia, sargento?

—Obedecer es mi lema —contestó el aludido, muy serio.

—Y usar la cabeza también, ¿verdad? —dijo la joven, muy picada.

—Sí, para llevar el casco puesto.

Harmony y Boris se miraron durante unos segundos. Después, ella exclamó:

—En marcha, pues. No perdamos tiempo. En las cantimploras tenemos agua para dos días. Hemos de encontrar una fuente antes de que sea demasiado tarde.

Boris se puso en pie de un salto. Aspiró la última bocanada de humo y luego lanzó la colilla al suelo.

En aquel momento sonó un agudo chillido.

—¡Bruto! ¡Bestia! ¡Que me quemas! ¡Apaga esa colilla, pronto, maldito estúpido!

Por unos instantes, las ocho personas se quedaron como aleladas.

La voz volvió a sonar.

—¿No me has oído, condenado idiota? ¡Apaga ese cigarrillo, por todos los demonios!

Boris obedeció maquinalmente. Pisó la colilla y casi al momento volvió a oírse la voz, ahora con tono de satisfacción.

—¡Aaah!… ¡Qué bueno! ¡Menos mal que me has hecho caso, tonto! —Y acto seguido la voz volvió a sonar irritada—. Y que no vuelva a verte fumando por aquí, ¿estamos?

Boris tragó saliva. Lo que estaba ocurriendo sobrepasaba los límites de todo lo creíble.

—¡Dios mío! ¿Es que hay brujas en este maldito planeta?

—No hay brujas ni nada que se le parezca —dijo Harmony severamente—, sino simples alucinaciones…

—¡Alucinaciones, la desaparición de la nave, el puñetazo que recibí, su palmada al sur del talle… y el perro que se tragó a Harrocks! ¿Eso son alucinaciones para usted, doctora?

—¡Basta! —cortó ella imperativamente—. Alucinaciones o no, lo cierto es que hemos de buscar un lugar donde establecer nuestro

campamento. Haga ponerse en pie a ese tonto llorón y partamos inmediatamente. Es una orden; obedezca, sargento y hágalo inmediatamente.

Los dientes de Boris chirriaron perceptiblemente.

—Está bien —contestó. Se inclinó hacia el soldado que aún continuaba tendido en el suelo y le tocó en un hombro—. ¡Arriba, tú!

El efecto del toquecito fue prodigioso, Skacz se puso en pie de un salto y empezó a chillar como un poseído.

—¡Yo quiero irme de aquí! ¡Quiero que vuelva la astronave!

—¡Sargento —gritó Harmony—, ese hombre se va a volver loco! ¡Conténgalo!

Para ciertas cosas Boris se manejaba muy bien. Agarró a Skacz por el hombro izquierdo, sujetándolo un instante. Luego disparó el puño cerrado…

La mandíbula de Skacz chasqueó. Sus ojos se cerraron al mismo tiempo que se le doblaban las rodillas.

Boris lo agarró antes de que cayera al suelo. Después, con rápido movimiento y, en apariencia, sin esfuerzo alguno, se lo cargó al hombro.

—Labiza, coge su rifle. White, tú llevarás el mío. Andando.

La pequeña partida rompió la marcha en dirección al bosque, del cual apenas si les separaban cien metros. Pocos momentos después llegaban a los primeros árboles.

Como en la anterior ocasión, el silencio era denso, oprimente. Ninguno pudo evitar un movimiento de aprensión al cruzar la linde.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Beratti.

—Tomaremos la misma dirección que al principio —decretó la doctora.

—Bueno, quizás así veamos al tipo que ríe —comentó Debrais con acento fúnebre.

—O a los perros que crecen —masculló Boris, el cual, un segundo después, lanzaba una aguda interjección, al mismo tiempo que caía hacia delante.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó Harmony.

Boris se sentó en el suelo. A su lado, Skacz empezaba a rebullir.

—No lo sé, ¡cómo diablos voy a saberlo! ¡Tropecé y…!

Calló de repente; a la vez que sus ojos se abrían

desmesuradamente.

Harmony era mujer al fin y al cabo y no pudo evitar un chillido de susto. Por su parte, Boris se puso en pie de un salto y arrebató un rifle al soldado que tenía más cerca.

Un hombre acababa de hacerse visible en el suelo, a poca distancia del lugar donde Boris había caído. El hombre estiró los brazos con verdadera voluptuosidad.

—¡Buaaah…! ¡Qué bien he dormido! ¿Quién será el tío bestia que me ha despertado, pegándome una patada en el costado?

Harrocks se sentó en el suelo, estirando aún más los brazos.

—Seguro que ha sido el animal del sargento. Siempre despierta así a la gente y…

—¡¡Harrocks!!

La voz de Boris sonó tonante. El soldado se puso en pie de un salto.

—Sargento —dijo, con el rostro tan rojo como un pimiento—, le aseguro que yo no quería…

Boris le miró con ojos llameantes.

—¿Es que no se ha dado cuenta todavía del lugar en que se encuentra, Harrocks?

Intervino Harmony.

—Déjeme a mí, sargento —dijo—. Harrocks, ¿qué le ha sucedido? Le dimos por muerto cuando el perro…

El soldado se pegó una fuerte palmada en la frente.

—¡Bruto de mí! ¡El perro! Ya no me acordaba. —De repente miró en torno suyo con ojos turbios—. Aquella fiera… quería comerme…

—¡Se lo comió, Harrocks! —tronó Boris.

El soldado miró a Boris con ojos atónitos.

—¿Le hizo daño la cena anoche, sargento? Pude escaparme del perro. Luego me entró sueño y me tumbé a dormir en la hierba, eso es todo.

Harmony y Boris se miraron mutuamente muy aturdidos.

—¿Está seguro de que no le ha sucedido nada más, Harrocks? —preguntó ella.

—Por supuesto que no, doctora. Sí, el perro empezó a crecer y se me echó encima. Pero ya digo que pude esquivarlo. Luego me sentí cansado y…

—No siga, por favor —dijo Harmony con gesto de hastío—. Éste es otro más de los enigmas con que hemos de enfrentarnos en este misterioso planeta. Ojalá —añadió con acento pesimista— se resolviera de un modo tan favorable la misteriosa desaparición de la nave.

Harrocks sufrió una fuerte sacudida.

—¡Qué! —gritó—. ¿Ha desaparecido la nave?

—Sí —dijo Boris con tono sombrío—. Se han marchado y nos han abandonado a nuestra suerte en este planeta.

—Pero ¡eso no puede ser! ¡El doctor Baunder no puede hacer tal cosa! Es una bellísima persona y no dejaría en la estacada a unos tipos como nosotros…

Pues si era una bellísima persona —cortó Boris acremente— ha perdido los sentimientos. —Se inclinó y, recogiendo el rifle del soldado, se lo puso en las manos—. Toma, hemos de continuar la marcha.

—¿Hacia dónde?

Boris levantó los hombros.

—¡Y yo qué sé! —Skacz se incorporaba en aquellos momentos y lo ayudó a terminar de ponerse en pie—. Vamos, muchacho, no temas; saldremos de ésta.

Reanudaron la marcha. El bosque era muy frondoso y no podía verse su final, aunque, afortunadamente, carecía de matorrales que dificultasen la marcha. Los árboles estaban bastante separados unos de otros y facilitaban un cómodo caminar permitiendo que los expedicionarios avanzasen rápidamente.

Durante una hora aproximadamente la marcha se realizó sin el menor incidente. Al cabo de ese tiempo los árboles empezaron a clarear.

Finalmente, salieron a campo abierto, una gran llanura cerrada al final por una sólida barrera de montañas, cuya distancia aparente era de unos veinticinco o treinta kilómetros, con las cumbres cubiertas de nieve.

A corta distancia del bosque vieron un río de no demasiada anchura, que corría mansamente en dirección oeste, según la posición del sol. Había algunos árboles en sus márgenes, muy parecidos a los álamos terrestres, y al otro lado, a corta distancia, se veía una especie de cortadura de unos diez o doce metros de altura

por doscientos de largo.

—Allí podríamos establecer nuestro campamento —sugirió Harmony—. Cortaríamos árboles y construiríamos cabañas. Sería cosa de ver también si hay caza…

—Con tal de que las liebres no sean como el perro que se tragó a Harrocks —refunfuñó Boris.

—Entonces tendríamos la comida garantizada para seis meses —rió el aludido.

Reanudaron la marcha. Pocos minutos después llegaron a orillas del río, cuya profundidad no era mucha, ya que podía verse el fondo fácilmente, incluso por su parte media.

Harmony se detuvo irresoluta.

—¿Qué, nos atrevemos a pasarlo? —preguntó.

Y en aquel momento se oyó una voz.

—¡Caramba, qué rica es esta cerveza!

Boris y Harmony volvieron la vista al unísono hacia el que había hablado y que no era otro que el biólogo. Debrais estaba arrodillado al borde del agua y provisto de un vaso de papel encerado bebía a grandes tragos.

—¡Cerveza! —resopló Boris.

—¿Cerveza? —murmuró Harmony muy extrañada.

Los soldados se precipitaron a beber. Unos instantes después sonaban varias exclamaciones llenas de decepción.

—¡Cerveza, puah!

—Este tipo está chiflado.

—Mira que llamar cerveza al agua.

—Las ganas que tiene de tomarse un buen jarro, eso es.

Debrais insistió.

—¡Es cerveza! ¡La mejor que he probado en mi vida!

Boris se arrodilló. Hundió la palma de la mano en el agua y formando cuenco se la llevó a la boca, llena del líquido.

—Es agua, fresca y muy buena —dijo al cabo. Miró a Harmony, lleno de extrañeza.

La joven probó también el agua. Se encogió de hombros, como indicando que no comprendía en absoluto lo que le sucedía al biólogo.

Debrais soltó un resoplido.

—Está bien. Para mí es cerveza y seguiré sosteniéndolo ante

cualquiera que se empeñe en demostrar lo contrario.

—Bueno, bueno, no se ofenda —dijo Boris, conciliador—. Que le aproveche. Nosotros no podemos hacer otra cosa que envidiarle sinceramente.

—Sigamos —decretó Harmony con sequedad.

Atravesaron el río. En su parte más honda, el agua apenas si les llegaba a la cintura, por lo cual el paso resultó sumamente fácil, ya que, además, la corriente era muy débil.

Pocos momentos después estaban al otro lado. Entonces se acercaron al acantilado.

—¡Miren! —exclamó de pronto uno de los soldados—. Allí veo una cueva.

—Podría servirnos muy bien para nuestro alojamiento —sugirió Boris.

—¿No se albergará alguna fiera en su interior? —murmuró Harmony.

Como si sus palabras hubieran resultado proféticas, en aquel momento brotó un ensordecedor rugido del interior de la gruta.

CAPÍTULO III



l primer gesto de Boris fue puramente mecánico: alargó el brazo izquierdo y retiró hacia atrás a la joven.

—¡No se mueva! —ordenó imperativamente—. Permanezca donde está.

Harmony obedeció en el acto. Boris aprontó su rifle.

—Labiza, White, a cuatro pasos a mi izquierda. Skacz, Harrocks, seis pasos a mi derecha. Ustedes, los científicos, atrás. Nosotros nos encargaremos de protegerles si sucede algo.

El bramido se repitió. Boris fijó su vista en la cueva.

La entrada de la misma era bastante grande, unos diez o doce metros en su base, por veinte de altura. El grupo se hallaba a unos cuarenta metros de distancia.

Una vez más el extraño animal que se albergaba en la gruta volvió a rugir. El sonido era atroz tanto por lo enorme de su volumen como por la estridencia de sus notas.

—¿No se tratará de una alucinación? —preguntó Harmony en voz baja.

—En todo caso, pronto lo sabremos. ¡Mire, ya sale!

Una enorme cabezota apareció de pronto fuera de la cueva, a una docena de metros del suelo. Parecía la de un caballo, aunque mucho más alargada y de un tamaño cuatro o cinco veces mayor, dotada de dos ojos delante y otros dos atrás, en el principio de un cuello increíblemente delgado, apenas más grueso que una caña de bambú y que se movía con torpes oscilaciones de arriba abajo.

El animal terminó de salir de la cueva. Era una visión de pesadilla y Boris se preguntó si no estaría soñando.

La bestia medía unos treinta metros de largo desde el hocico al extremo de la cola. Su cuerpo parecía un melón alargado, sostenido por ocho patas cilíndricas, que se movían de un modo enloquecedor, sin que ninguna de ellas guardase ritmo alguno con las restantes. En contraste con el cuello delgadísimo, la cola era extremadamente gruesa, hasta el punto que su extremo, situado a una docena de metros del cuerpo, tenía que ser sostenido por otras dos patas, mucho más pequeñas que las anteriores y que se movían así mismo de una manera absurda.

—¡Cielos! —exclamó Boris—. Esto no puede ser cierto.

La bestia rugió de nuevo. De pronto, su piel, que hasta entonces había mantenido un color gris sucio, parecido al de los elefantes terrestres, tomó un pronunciado tinte cárdeno, a la vez que de su boca se escapaba una espesa humareda blanca.

—¡Diablos! —gritó Labiza—. ¡Sargento, aquí hay dragones mitológicos!

—¡Quiere atacarnos! —chilló Harrocks.

Boris levantó su rifle.

—Ahora vamos a ver si es verdad o se trata de una pesadilla — dijo, tomando puntería con todo cuidado.

El animal se movió ligeramente, mirándoles con expresión maligna. Su enorme bocaza se abrió, dejando ver en cada mandíbula una quíntuple fila de dientes muy pequeños, pero extremadamente afilados que infundían honor.

Boris apretó el gatillo. La bala se hundió en la base del cráneo, derribando momentáneamente al animal.

Pero la bestia se levantó casi en el acto, lanzando una serie de

atronadores rugidos que ponían pavor en el ánimo. Su cola se movió, golpeando ferozmente el muro rocoso, del cual empezaron a desprenderse grandes trozos de roca.

—¡Hagan fuego! —gritó Boris.

Los cinco rifles estallaron casi a un tiempo. Una terrible andanada de proyectiles de alta velocidad surcó el espacio.

Durante unos segundos no se oyó otra cosa que el tableteo de los fusiles. Boris vació en un santiamén el depósito de su rifle, reponiendo la munición con veloces movimientos.

Pero ya no hacía falta que continuase disparando. Con un agónico bramido, la bestia se desplomó al suelo, arrojando ríos de sangre pardusca por las heridas recibidas.

Durante unos momentos estuvo moviéndose espasmódicamente, agitando la cola y las patas. Poco a poco, sin embargo, sus movimientos fueron haciéndose más lentos, hasta que, al fin, cesaron del todo.

—Si esto es una ficción —comentó Boris—, es preciso reconocer que ese bicho era un magnífico actor.

—A ver si nos va a resultar que era solamente una cucaracha —bromeó Beratti.

—Eso se puede averiguar inmediatamente —dijo el sargento; y sin más echó a andar hacia el animal, cuyo aspecto, aun ya cadáver, resultaba impresionante.

Con grandes precauciones, Boris dio la vuelta a la bestia, acercándose por la espalda. Tumbado como estaba, el animal alcanzaba todavía una altura de cuatro o cinco metros. El color cárdeno había desaparecido de nuevo, sustituido por el gris primitivo.

Pegó una patada en el costado del animal.

—No es pesadilla —dijo.

Debrais se acercó a la enorme cabezota, tomando varias fotografías con la cámara de que se había provisto al salir de la astronave.

—¿Por qué tantos dientes? —preguntó Harmony, curiosa—. Aunque distintamente conformada, parece una de las grandes bestias que vivieron en la Tierra en la Era Secundaria. Y aquellos animales solían ser herbívoros.

Debrais se froto la mandíbula.

—Posiblemente se debe a la estrechez de su garganta. Los dientes le servirían para convertir los alimentos en una pulpa fluida que atravesase sin ninguna dificultad un esófago cuyo diámetro no debe ser mayor de cinco o seis centímetros.

—Quizá sea así como usted dice —concordó la joven.

Y de pronto se oyó la voz de Boris.

—Eh, profesor Debrais, hágame una fotografía.

Boris había trepado a lo alto del animal y permanecía sobre su costado izquierdo en actitud victoriosa. Repentinamente dio un salto y echó a correr, saltando al suelo.

—¡Demonios! —exclamó—. Todavía se mueve. Parece como si tuviese un motor bajo las costillas.

Debrais se acercó al animal y le puso la mano en el vientre, cerca del costado izquierdo.

—Es el corazón —dijo—. Todavía late, y seguramente latirá aún durante horas.

—¿Es posible? —exclamó Boris con asombro.

—Ya lo creo —contestó el biólogo—. Hay animales cuyo corazón sigue latiendo durante buen rato después de muertos, incluso después de haber sido arrancado del cuerpo junto con las demás vísceras. Ejemplo, el tiburón, cuyo corazón, fuera del cuerpo, puede latir hasta media hora. —Debrais miró al enorme animal—. A juzgar por su tamaño, es posible que mañana por la mañana siga latiendo el de esta fiera.

Boris sacudió la cabeza.

—Mientras no se mueva más… —Volvió la vista hacia Harmony —. Bien, doctora, ¿cuáles son sus nuevas órdenes?

—Exploremos la cueva. Hemos de ver en qué condiciones se encuentra para acampar.

—Muy bien. Vamos, chicos, síganme —llamó Boris a sus soldados.

El sargento se acercó a la entrada de la cueva, cuyo fondo apenas si se divisaba. Hurgando en sus bolsillos, extrajo una caja de fósforos de gran potencia lumínica. Encendió uno y lo arrojó delante de sí.

La luz del fósforo disipó las tinieblas del fondo de la cueva, permitiendo ver que se hallaba completamente vacía.

—Aquí cabríamos todos los tripulantes de la astronave —dijo

melancólicamente. Luego soltó una brusca risotada—. Tendremos que acostumbrarnos a hacer el Robinsón de los espacios.

El resto del grupo penetró también en la cueva. Los científicos empezaron a descargar sus equipos. El sol se veía ya bastante bajo sobre el horizonte.

—Si nuestra estancia en la cueva se va a prolongar durante algún tiempo —dijo el biólogo—, será cosa de ver qué hacemos con el cadáver del animal. En cuanto de comienzo el proceso de putrefacción, nos vamos a ver en muy malas condiciones.

—De momento —manifestó Harmony—, se trata solamente de pernoctar aquí por una noche tan sólo. Mañana veremos qué se puede hacer.

—El que mejor de todos lo va a pasar va a ser el profesor Debrais —comentó Boris—. A él, el agua le sabe a rica cerveza.

—No estoy loco —refunfuñó el aludido—. También usted vio un puño que quería pegarle y al cual no pudimos divisar ninguno de nosotros.

—Es que este planeta está chiflado —sentenció Boris—. Bueno, cuando se acampa en un sitio salvaje y no explorado, una condición elemental es encender hogueras. Labiza, Harrocks, a cortar leña. Skacz, White, a preparar la cena.

—¿Será comestible ese bicho? —preguntó Labiza.

Boris se estremeció.

—Por ahora prefiero los víveres que hemos traído con nosotros.

Los dos leñadores se alejaron provistos de sendas hachas hasta un grupo de árboles de no mucha altura que crecían a corta distancia de la cueva. Mientras tanto, el resto de los expedicionarios empezaron a prepararse para la acampada.

De pronto sonaron unos gritos atroces.

—¡Maldito! ¿Por qué me cortas? ¡Deja el hacha, que me haces daño! ¡Deja el hacha, te digo! ¿Me has oído?

Al oír los gritos, Boris agarró su rifle. Los dos soldados corrían despavoridos hacia la cueva.

—No son árboles —gritaba Labiza—, son personas.

—Y chillaba como un diablo cuando le pegué el primer hachazo —exclamó Harrocks, al borde de la locura.

Los gritos se habían acallado. Boris tragó saliva.

—Este planeta está maldito —gruñó airadamente—. Pero un

árbol no ha sido nunca una persona, excepto en los cuentos de hadas. ¿Dónde hay una hacha?

—Allí —contestó Labiza, señalando el grupo de árboles—. La… la dejé caer cuando el árbol empezó a chillar de dolor.

—Persona o no —rezongó Boris—, necesitamos leña para espantar a posibles animales salvajes y la tendremos. —Y echó a andar hacia los árboles.

Harmony le siguió a la carrera, asiéndole por el brazo.

—No, sargento, no siga.

—Déjeme —contestó Boris, gruñón—. No sé cuál es el que está loco verdaderamente, si este condenado planeta o nosotros, pero sí lo vamos a averiguar inmediatamente.

Y dando unos cuantos pasos más, agarró una de las hachas que los despavoridos leñadores habían alojado en su precipitada fuga.

Se acercó al primer árbol, un vegetal de cuatro o cinco metros de altura, muy parecido a un pino terrestre, y le asestó el primer hachazo.

—¡Canalla! ¡Asesino! ¡Me están matando! ¡Socorro!

Los gritos del árbol resonaban claramente en la llanura. Por unos momentos Boris llegó a temer que, efectivamente, se tratase de algún ser extraño, habitante de aquél no menos extraño planeta. Pero se decidió a continuar, después de hacerse un razonamiento no carente de lógica:

—Si este árbol es un ser viviente con inteligencia, ¿cómo conoce tan bien mi idioma?

Cerró los ojos a los alaridos del árbol y continuó cortándolo hasta derribarlo por tierra. Entonces cesaron los gritos.

—¡Condenación! —masculló al terminar—. Me pareció que estaba degollando a una persona.

Harmony aparecía muy pálida.

—¿No habremos cometido ningún terrible error del cual hayamos de arrepentirnos más tarde? —murmuró.

Boris señaló con el hacha el tocón que había quedado después de cortar el árbol.

—¿Eso… una persona? —dijo despreciativamente—. Mire el tronco, es idéntico o casi idéntico al de un pino terrestre. Aquí pasa algo raro que no entendemos, doctora, se lo aseguro.

—Sí —manifestó ella, muy pensativa—. Pero ¿qué es lo que pasa

exactamente? Eso es lo que me gustaría saber.

—A mí me gustaría más saber dónde diablos se fueron los de la nave —gruñó el sargento—. El papel de Robinsón espacial es algo que no me ha gustado jamás.

—Ya volverán —dijo Harmony, esperanzada—. De momento, no nos queda otro remedio que resignarnos con nuestra suerte y tratar de mejorarla en lo posible. Regresemos a la cueva, sargento.

Boris lanzó un suspiro.

—Sí, doctora.

Al volver junto al resto del pelotón, Boris ordenó:

—Muchachos, tráiganse para acá el árbol. Y no teman, *es un árbol*.

La cena se desarrolló, aunque sin incidentes, en medio de un sombrío silencio. Al finalizar, uno de los científicos hizo una sugerencia.

—Doctora, aunque usted es el jefe del grupo y, por supuesto, respetamos incondicionalmente su rango, convendría que examináramos minuciosamente nuestra situación.

—Bien —aprobó Harmony—. Exponga las ideas que se le hayan ocurrido, MacDuff. ¿Qué es lo que tiene que decirnos?

—En primer lugar, convendría trazarnos un plan de acción —dijo el aludido—. Estamos abandonados a nuestra suerte en un planeta que no sólo nos es completamente desconocido, sino que, además, posee unas cualidades que califico de extrañas, por no llamarlas absurdas. Todos hemos visto lo que ha sucedido.

Hemos observado varios fenómenos raros: árboles que golpean a las personas —Harmony se puso muy encarnada, pero no dijo nada—, perros que devoran soldados… y luego los devuelven durmiendo, árboles que se quejan y nos insultan al golpearlos con el hacha, agua que sabe a cerveza… nuestra nave desaparecida misteriosamente; en fin, que lo único cierto, positivo y tangible hasta ahora puede decirse que es el cadáver de esa enorme bestia que yace en el exterior. ¿A qué se deben estos fenómenos? ¿Son reales o se trata de alucinaciones, doctora?

Harmony meditó unos segundos.

—Verdaderamente —dijo—, no sabría qué contestarle, MacDuff. Estoy tan aturdida y asombrada como usted. Lo que hemos creído alucinación (ejemplo, la bestia muerta), ha sido realidad, y lo que

hemos creído realidad ha sido una ficción o un espejismo. Mi opinión es que no podemos sentar nada definitivo sin haber efectuado antes una más amplia exploración del planeta en que nos hallamos.

—Esa exploración —terció Beratti— ha de ser forzosamente muy limitada, dado que no poseemos medios de locomoción. Y, por otra parte, si volviera la astronave, convendría que nos hallásemos relativamente cerca del lugar de su aterrizaje, para que no nos dieran por perdidos definitivamente.

—¿Cuál es su opinión, sargento? —preguntó Harmony.

Boris levantó los hombros.

—Mi profesión me exige atenerme solamente a hechos concretos, doctora. Un poco de exploración no estaría mal, desde luego, pero sin alejarnos con exceso de la cueva.

—Podríamos dividirnos en dos grupos —apuntó Debrais—. De este modo cubriríamos mayor espacio de terreno en la mitad de tiempo.

Boris movió la cabeza.

—En las circunstancias actuales, una división de fuerzas podría resultarnos fatal —manifestó rotundamente—. Creo que no debemos separarnos bajo ningún concepto, pero, en todo caso, respetaré y obedeceré siempre las órdenes que se me den.

—Opino como usted —manifestó Harmony—. No, no debemos dividirnos. Continuemos juntos y —añadió con acento esperanzado — confiemos en el doctor Baunder. Vendrá a buscarnos en cuanto le sea posible, estoy segura de ello.

—¡Dios le oiga, doctora! —exclamó Skacz, que aparecía muy deprimido.

—Bueno —decretó Boris—, y ahora, ¿por qué no se tumban a dormir un buen rato? Ustedes descansen tranquilamente. Mis hombres y yo vigilaremos durante la noche. Labiza, tú harás el primer turno. Son las nueve de la noche y por lo que he podido ver, en este planeta debe amanecer alrededor de las seis de la mañana. Quedan nueve horas, que dividiremos en cuatro períodos de cuatro horas y cuarto para cada uno de vosotros. Yo descansaré ahora un poco y me levantaré más tarde.

La proposición de Boris fue aceptada de inmediato. Y pocos momentos después todo el mundo dormía profundamente, a

excepción del centinela de turno.

Boris se despertó alrededor de las dos de la mañana. Poniéndose en pie, se acercó a la hoguera más cercana, de la cual tomó una ramita encendida, con la que encendió un cigarrillo.

—Nada nuevo por ahora, sargento —dijo Harrocks, que era el vigilante de turno.

—Mejor para todos —aprobó Boris.

Dio una vuelta por los alrededores del campamento. Se acercó a la bestia muerta y apoyó la mano en uno de sus flancos.

Movió la cabeza, asombrado y pensativo a un tiempo. El corazón del animal latía todavía.

De pronto, todo su cuerpo se puso rígido.

—¿Pasa algo, sargento? —le preguntó Harrocks, con un cuchicheo.

—¿Ves lo mismo que veo yo, muchacho? —respondió Boris.

—Sí, parecen luces…

—Déjame los prismáticos, pronto.

Harrocks le entregó los binoculares. Boris miró a través del aparato óptico.

—No, no cabe duda alguna. Es una ciudad —dijo, después de observar atentamente las luces que se divisaban en el horizonte. Y su corazón latió con gran violencia.

¿Cómo serían los habitantes de aquel extraño planeta?, fue la primera pregunta que se formuló a sí mismo.

CAPÍTULO IV



urante el resto de la noche Boris estuvo contemplando las luces en la distancia. Cuando vio que iba a amanecer buscó dos ramas y plantó en el suelo sendos jalones, con el fin de establecer de modo indubitable el rumbo que deberían seguir apenas reemprendiesen la marcha.

Apenas clareó empezó a despertar a la gente.

—¡Arriba todo el mundo! ¡Estamos salvados! —gritó—. Hay una ciudad habitada no lejos de aquí. ¡Vamos, arriba todo el mundo!

Harmony se sentó en el suelo, con ojos todavía turbados por el sueño. MacDuff rezongó algo entre dientes.

—Otro que se ha vuelto loco en este maldito planeta.

—No estoy loco —exclamó Boris—. Harrocks lo ha visto también. Además, he plantado dos jalones en dirección a la ciudad, de modo que no podemos extraviarnos. Vamos, levántense pronto; no tenemos tiempo que perder.

Harmony echó la manta a un lado y salió fuera de la cueva.

—¿Dónde está la ciudad, sargento?

Boris tendió el brazo.

—Hacia allí, doctora. —Le entregó unos prismáticos—. Tome, mire usted. Quizá pueda ver los edificios. Las luces, desde luego, se divisaban con toda claridad.

Harmony miró a través de los binoculares. Al cabo de unos minutes de atenta observación dijo:

—Sí, parece que se ven casas. Veo la punta de un campanario y varios edificios que dan la sensación de ser quintas de recreo. En todo caso, si existe una ciudad, debe estar situada en el fondo de un valle.

—Puede que tenga razón, doctora —contestó Boris—. Las luces que se veían eran muy pocas y no estaban agrupadas.

Los restantes expedicionarios fueron saliendo de la cueva.

—Una ciudad significa habitantes —dijo MacDuff, el biólogo—. Y unos habitantes que construyen una ciudad significa que hay vida inteligente en este planeta. Lo cual implicaría la imposibilidad de colonizarlo en favor de la Tierra.

—Desde luego —comentó White amargamente—, si siguen ocurriendo las mismas cosas que ayer, regalo este planeta a sus habitantes. No me quedaría en él por todo el oro del mundo.

—Ése no es el problema ahora —manifestó Harmony—, sino el modo en que vamos a entendernos con ellos. Tendremos que adaptarnos a muchas cosas: lenguaje, indumentaria, modo de vivir, incluso conformación física. Puede que sean iguales a nosotros y puede que tengan distinta morfología. En todo caso, debemos tener siempre presente una cosa: hemos de adaptarnos nosotros a ellos y no ellos a nosotros.

—Y, sobre todo —añadió Debrais juiciosamente—, no caigamos en el pecado de sobreestimar demasiado nuestros conocimientos técnicos. Quizás estos seres poseen un grado adelantadísimo de civilización, al lado de la cual la nuestra parezca, por comparación, la de la Edad Media de la Tierra.

—¿Y si dejásemos de discutir tanto y desayunáramos? —propuso Boris, a quien fastidiaban sobremanera tantos circunloquios—. No creo que sea tan difícil entrar en relación con esos tipos.

—¿Qué haría usted si fuera el jefe de la expedición, sargento? —le preguntó Harmony curiosamente.

Boris hizo una mueca.

—Sencillamente, les diría: «¡Hola, chicos! ¿Qué tal? Escuchen, nosotros venimos de la Tierra. Nos hemos perdido y…».

Harmony emitió un resoplido de desdén.

—¡Bonita solución! —dijo—. Afortunadamente, el jefe de la patrulla soy yo y no usted, sargento. Vamos, haga que sus hombres preparen el desayuno. Partiremos dentro de treinta minutos.

—Sí, doctora —contestó Boris secamente.

Media hora más tarde estaban ya listos para emprender la marcha. Boris sacó una brújula de su bolsillo y tomó la orientación, guiándose por los jalones que había plantado previsoramente.

—Listos, doctora —dijo.

—¡En marcha! —ordenó la joven.

Al tiempo de arrancar, Labiza hizo una observación.

—¡Uf! Menos mal que nos vamos de aquí. Ese bicho —se refería al extraño animal que mataran el día anterior— empezaba ya a oler. Dentro de dos días no habrá quien pare en diez kilómetros a la redonda.

Las dos primeras horas de marcha se cubrieron con toda facilidad. El suelo, ligeramente ondulado, ofrecía pocos accidentes que impidieran un fácil caminar y el abundante césped que brotaba de la tierra contribuía a ello.

De vez en cuando veían algunos animalitos parecidos a los conejos terrestres, pero que desarrollaban una mayor velocidad, de tal modo que aperas si eran entrevistos como unos relámpagos blancos o grises que aparecían y desaparecían con fulgurante rapidez. También divisaron algunos pájaros con plumaje de vivos colores, pero eran menos abundantes que los conejos y, además, solían volar a gran altura por lo que no era fácil clasificarlos.

Atravesaron dos ríos muy parecidos al anterior. Remontaron, una tras otra, hasta media docena de colinas de escasa elevación y, casi de repente, sin apenas transición, al llegar a la cima de la última, se encontraron al borde de una extensísima planicie absolutamente desierta de toda vegetación.

El suelo de la llanura era terriblemente árido y cubierto de arena y piedras en su mayoría. No crecía en él ninguna planta y parecía extenderse hasta el pie de la barrera montañosa, cuya distancia apenas si había disminuido después de dos horas de marcha

incesante.

Harmony se detuvo, bastante intrigada.

—¡Sargento!

Boris acudió en el acto.

—¿Está seguro de que caminamos en la dirección correcta?

—Sí, doctora.

Ella le miró extrañada.

—Parece un tanto incongruente que se haya creado una ciudad en pleno desierto, teniendo un suelo tan fértil y agua en abundancia a tan corta distancia, ¿no le parece?

—Quizás es que los habitantes de este planeta son aficionados al vino. —Boris no pudo resistir a la tentación de un chiste fácil.

Harmony trató de fulminarle con una mirada.

—Contenga la lengua, sargento —dijo—. Compruebe su brújula, por favor.

Boris lo hizo así. Luego exclamó:

—La dirección es correcta, doctora, y no se notan influencias perturbadoras en la aguja magnética. Además, se pueden observar los edificios casi a simple vista. Mire —y le entregó los prismáticos.

Harmony observó el panorama durante unos momentos. Mordióse los labios y luego devolvió a Boris los binoculares.

—Está bien, sigamos —decidió.

Reanudaron la marcha. El camino se hizo ahora más difícil y con frecuencia se veían obligados a dar rodeos para evitar algunos montones de rocas. Nada parecía poder vivir en aquel lugar tan árido y Boris se preguntó en más de una ocasión qué objeto había tenido fundar una ciudad en el centro de un desierto, teniendo otras tierras más fértiles al alcance de la mano.

De pronto notó una molestia en un pie. Se dio cuenta de que se le había metido una piedrecilla en la bota y se detuvo, sentándose en el suelo para librarse del estorbo.

Lo hizo en pocos momentos. Estaba calzándose cuando, de repente, oyó un grito de la doctora.

Terminó de ponerse la bota y corrió hacia donde estaba Harmony. Ésta chillaba como si hubiera perdido el control de sus nervios.

—¡Doctora! ¿Qué sucede?

Los gritos de Harmony proseguían. MacDuff juraba como un

piloto de astronave con dificultades para establecer una órbita. En cuanto a los demás, parecían terriblemente aturdidos.

—Pero, bueno, ¿puede saberse de qué se trata? —preguntó Boris, extrañado por aquella singular conmoción.

—¡Beratti! —gritaba Harmony—. ¡Beratti!

Boris la agarró por los brazos, sacudiéndola con terrible fuerza.

—¡Cálmese, doctora! ¡Repórtese, por el amor de Dios!

De pronto, Harmony puso los ojos en blanco. Sus rodillas se doblaron y lanzando un gemido cayó al suelo desvanecida.

Boris masculló una gruesa interjección.

—¿Qué diablos pasa? ¿Alguno quiere decírmelo de una vez?

Debrais se volvió hacia él, con el rostro cubierto de una capa de blancura total.

—¿Es que no lo ve usted, sargento? Beratti se ha caído por este precipicio.

—¿Un precipicio? —repitió Boris, boquiabierto. Y entonces se dio cuenta de que el geólogo MacDuff y los cuatro soldados estaban en hilera, inclinados hacia delante, con suma precaución, mirando hacia abajo—. ¿Un precipicio? —repitió.

—Sí —contestó Debrais—. Venga y véalo por usted mismo. Mire, el cuerpo de Beratti está allá abajo, hecho trizas contra las rocas.

Boris se pasó una mano por la cara.

—Por el amor de Dios, entendámonos. *¿Dónde está ese maldito precipicio?*

—Aquí —MacDuff pateó el suelo con violencia—. Mi pie está a menos de dos centímetros del borde. Venga y véalo.

Boris cuadró las mandíbulas. Luego miró hacia Harmony, la cual empezaba a recuperarse.

—Está bien —dijo. Echó a andar y llegó junto al biólogo—. Enséñeme el precipicio, se lo ruego.

Los ojos de Debrais arrojaban lumbre.

—Si no fuera porque no es para tomarlo a broma, le pegaría un empujón yo mismo y le tiraría al fondo de ese cañón. ¡Mire de una vez, condenado incrédulo!

La vista de Boris resbaló por los cinco hombres restantes, cuya colocación en hilera, casi hombro con hombro, no había variado.

—Están locos, locos de remate —dijo. Y, de repente, decidiéndose, dio dos o tres pasos hacia delante, rebasando la altura

de la hilera—. ¿Dónde está ahora ese maldito precipicio?

Harmony lanzó un agudo chillido.

—¡Retírese, sargento! ¡Se va a matar!

—¡Váyase al diablo! —exclamó Boris exasperado—. *¡No hay precipicio!* ¿Me entiende? ¡No hay precipicio! ¿Dónde está Beratti?

De pronto sonó un grito unánime. Boris respingó.

El cuerpo del topógrafo apareció casi a sus pies, horriblemente destrozado, como si hubiese sufrido los efectos de una caída desde enorme altura. El suelo estaba cubierto de sangre y todos los utensilios del equipo del infeliz estaban asimismo destrozados.

Boris se arrodilló junto al cuerpo del topógrafo. Le tomó el pulso, comprobando que el corazón había cesado de latir.

—Pero ¿cómo ha podido suceder tal cosa? —preguntó, atónito —. Por lo que puedo juzgar, todos ustedes vieron un profundo despeñadero. Pero yo no, no he visto nada de eso. Y —volvió a mirar el cadáver de Beratti—, y sin embargo, este desdichado aparece tan destrozado como si se hubiese caído desde muchos metros de altura.

Harmony se puso en pie, todavía vacilante. Haciendo un esfuerzo, examinó el cuerpo de Beratti.

—Ha muerto —murmuró lúgubremente.

Boris la miró con aire inquisitivo. Ella dijo:

—Íbamos caminando todos tranquilamente…, usted se había quedado momentáneamente rezagado, cuando, de pronto, vimos abrirse un abismo a nuestros pies. Beratti iba en cabeza y cayó, dando un grito horrible. Yo misma… Oh, Dios mío, ¿en qué mundo hemos ido a caer?

El sargento se puso en pie. Paseó la vista por la llanura, que se extendía en todas direcciones.

—No lo comprendo. El precipicio no existe, pero…, Beratti se ha matado. Su aspecto es el de un hombre despeñado. ¿Por qué? ¿Quién diablos se siente capaz de aclararme este misterio?

Nadie le contestó. Durante unos momentos, un hondo silencio reinó en aquel lugar.

—La primera víctima de la colonización estelar —murmuró Debrais con fúnebre acento. Se santiguó y dijo—: Dios haya recibido su alma.

—Amén —contestó Boris. Sacudió la cabeza—. Es preciso

continuar. No podemos permanecer aquí indefinidamente. Recogeremos la documentación personal de Beratti y su equipo de topógrafo. Quizá podamos utilizarlo más adelante.

—El suelo es muy duro, sargento —apuntó tímidamente uno de los soldados.

—Colocaremos piedras sobre su cuerpo. Vamos —dijo Boris ásperamente. Ya había recobrado su serenidad.

Mientras los soldados procedían a cubrir con piedras el cadáver del desdichado Beratti, Boris sostuvo un aparte con Harmony.

—Doctora —dijo—, es preciso reconocer que estamos en un planeta de características desconocidas.

—Sí —dijo ella con voz inexpresiva.

—Estamos rodeados por una serie de peligros como no se han conocido jamás en la Tierra. Estos peligros nos obligan a ser más cautos y precavidos que nunca, doctora. Podemos seguir adelante, por graves que sean los riesgos con los cuales hemos de enfrentarnos. Pero para sobreponernos a ellos, para sobrevivir, en suma, hemos de mostrar serenidad en todo momento. Si desatamos nuestros nervios, si nos dejamos llevar por el pánico, perderemos la partida, que equivale a tanto como decir que nos perderemos nosotros mismos. ¿Está bien claro, doctora?

Ella asintió. Inspiró con fuerza y trató de sonreír.

—Desde luego, sargento. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro.

Harmony miró a derecha e izquierda. Luego dijo:

—¿Por qué me ha dicho eso a solas a mí? ¿No le parece que hubiera sido más conveniente expresarlo delante de todos los miembros de la patrulla?

Boris sacudió la cabeza.

—Reglamentariamente, es usted el jefe, doctora. Y el jefe debe dar siempre, en todo momento, pruebas de valor y serenidad. El ejemplo del jefe influye siempre sobre sus subordinados. Si es valiente y sereno, sus subordinados lo serán también. Si muestra miedo y pierde el control de sus nervios, los que le siguen redondearán la catástrofe. ¿Me comprende ahora?

—Perfectamente, sargento. —Harmony volvió a sonreír otro poco—. Nunca me habían reprendido de manera tan suave, hábil y diplomática.

Boris sonrió también.

—No lo llame reprensión, sino una forma de hacerle ver la realidad de las cosas.

—Le prometo tener serenidad y valor a partir de ahora, sargento —ofreció Harmony—. Pero —su rostro se demudó de repente— ¡fue tan horrible ver caer a Beratti en el abismo! ¡Daba vueltas y vueltas y vueltas, y no parecía que aquella caída iba a terminar nunca! ¡Y su grito… alejándose a medida que perdía altura! ¡Oh, Dios mío, ha sido algo realmente espantoso, sargento, se lo aseguro!

—Recuerde lo que le acabo de decir, doctora —murmuró Boris.

Ella suspiró un par de veces.

—Conforme, sargento.

Regresaron junto a los demás. En pocos momentos, el cuerpo de Beratti estuvo cubierto por una enorme pirámide de piedras, destinadas a frustrar los posibles intentos de algún animal necrófago.

Una hora más tarde, reanudaron su marcha. El grupo había perdido ya uno de sus componentes. ¿Cuántos más morirían?, pensó Boris. ¿Estaban destinados a perecer en aquel mundo que se les mostraba tan extrañamente hostil?

Cerca del mediodía alcanzaron las primeras casas del pueblo. La zona árida concluía a un par de kilómetros de distancia y el verde empezaba de nuevo. Había campos cultivados, árboles, flores, pero, por el momento, no se veía señal alguna de vida inteligente.

De pronto, Boris reparó en un detalle.

—¡Demonios! Si éste es un pueblo extraterrestre, hay que reconocer que parece bien terrestre.

—Es verdad —exclamó Harmony—. Mire esa casa. Cualquiera diría que ha sido construida por un arquitecto de la Tierra.

Avanzaron a través de unas huertas muy bien cultivadas, pero en las cuales no se veía la menor señal de presencia humana de ninguna clase. Se acercaron a la primera casa que encontraron a su paso, hallando que estaba desierta por completo.

—Esto no me gusta un pelo —dijo Boris, apretando el rifle con ambas manos—. Sigamos. Creo que no tardaremos en saber lo que pasa.

—Quizás es que sus habitantes han salido de excursión —sugirió Harmony—. El pueblo no puede estar muy lejos. Sigamos.

Reanudaron la marcha. Poco más allá, al atravesar unos setos, divisaron la ciudad.

Durante unos momentos reinó el más estupefacto silencio entre los expedicionarios.

—Bien —dijo Boris al cabo de un buen rato—. Después de lo que uno está viendo, se pregunta si ha salido de la Tierra o estamos en un planeta situado a más de cuatro años luz de distancia. Demonios, si casi diría que esa ciudad es idéntica al pueblo donde nací.

Efectivamente, la semejanza de la ciudad que se extendía en el valle que había al pie de la colina con una cualquiera de la Tierra, con una ciudad de unos tres o cuatro mil habitantes, que tal parecía ser su población, a juzgar por las dimensiones del área urbana y el número de sus edificios, era absoluta.

—Estupendo —exclamó Harmony—. Al menos, no parece que hayamos de perecer en este planeta de hambre y sed. Vamos a entablar relaciones con los nativos.

Y rompiendo la marcha con gesto resuelto, emprendió el descenso de la pendiente que conducía a la ciudad.

CAPÍTULO V



la entrada de la ciudad había un cartel.

WHITE SPRINGS

Población, 3416 habs.

Altura sobre el nivel del

mar:
327 ms.

¡BIEN VENIDOS!

El silencio era absoluto. Tanto en la ciudad que se extendía quieta y calladamente frente a sus despavoridos ojos, como entre ellos mismos.

Boris realizó su gesto favorito: pasarse la mano por los ojos.

—Doctora, dígame que estoy despierto y no soñando.

—¿Por qué no me lo dice usted a mí? —retrucó ella.

—Sargento —gritó Harrocks—, ¿está seguro de que no hemos vuelto a la Tierra, después de todo?

Boris volvió la vista hacia la joven.

—Ésa sería una posibilidad digna de tenerse en cuenta, doctora —manifestó.

—Y entonces la espacionave habría zarpado para dirigirse al astropuerto.

—No lo creo —dijo MacDuff.

—¿Por qué? —preguntó Boris.

—¡Rayos! ¡Hay demasiadas pruebas en contra! Las frutas del bosque, el brontosaurio o como se llame el animal que mataron usted y sus hombres y… Cuando estábamos en la astronave, antes de salir todavía, el analizador automático cantó unas cifras muy parecidas a las de la Tierra, pero que no son las mismas.

La mano de Boris se tendió hacia el cartel anunciador.

—¿Y ese rótulo? —preguntó agresivamente—. Lo dice bien claro: White Springs. Y ¿sabe usted una cosa, profesor MacDuff? ¡Pues bien, se lo diré! ¡White Springs es mi pueblo natal!

Harmony se quedó con la boca abierta tanta era la sorpresa que sentía.

—Sargento, ¿es cierto eso que dice?

—¿Quiere usted que le enseñe mi cartilla militar? —rezongó Boris de mal talante—. Nací en White Springs hace treinta y cuatro años, en la calle Jefferson. Lo que sucede es que mis padres se cambiaron cuando sólo tenía unos pocos meses. Pero después, cuando fui mayor, volví en un par de ocasiones, por curiosidad y para conocer mi ciudad natal. No puedo equivocarme, lo aseguro.

—Démoslo por cierto —dijo Harmony—. Y ahora dígame, ¿qué fiesta se celebra en su pueblo que está completamente desierto?

Boris miró en torno suyo, completamente desconcertado.

—¡Demonios! ¡Es cierto! ¡No me había dado cuenta de ello!

El silencio seguía en la ciudad. Los edificios parecían nuevos, pero no se veía un alma en la calle.

—¿No será que ha ocurrido alguna catástrofe general que ha extinguido todo signo de vida en la Tierra? —sugirió Debrais.

—Pero es que no estamos en la Tierra —insistió MacDuff—. Esto debe de ser un error…

—No se comete un error trasplantando un pueblo de tres mil cuatrocientos habitantes a cuatro años luz de la Tierra —rezongó Boris.

—¿Y si en lugar de discutir tanto y tan estérilmente —sugirió Harmony—, nos dedicáramos un poco a la investigación pura y simple?

—Es una buena idea —aprobó Debrais—. Sargento, ¿todos juntos o separados?

—Juntos —dijo Boris torvamente—. Vamos.

—Quizás es alguna fiesta nueva, organizada en estos cuatro años que hemos estado fuera del planeta, y no nos hemos enterado de ello. Posiblemente, la población está concentrada en algún lugar de las afueras y…

Boris rechazó secamente las manifestaciones de Harmony.

—Eso es imposible. Aun cuando fuera como usted dice, alguna persona habría quedado en la ciudad, ¿no cree? Y no se ve a nadie, absolutamente a nadie.

Está vacía por completo.

—Mire —exclamó ella de pronto—. Ahí se ve una cafetería abierta. Entremos; quizás el dueño sepa algo.

La propuesta fue aceptada por unanimidad. El primero en traspasar el umbral del establecimiento fue Skacz.

—¡Hola! —exclamó—. ¿Quién dice que no hay nadie en este pueblo? ¡Miren, muchachos, chicas guapas!

Había dos o tres muchachas encaramadas en altos taburetes junto a la barra, al otro lado del cual se divisaba un «barman» en actitud de servir a la clientela.

El aspecto del local era el corriente: botellas, vasos, banderines, metal cromado, mesas, sillas, televisor y radio y hasta un par de tragaperras: una de juegos y otra tocadiscos.

—Muchachos —exclamó Labiza alegremente—, ¿quién tiene a mano una moneda de diez centavos? Vamos a oír una buena rumba…

La mano de Harmony se apoyó de pronto en el brazo de Boris.

—Sargento, fíjese en las chicas.

—Están quietas —observó él—. Ni una sola ha vuelto la cabeza

al oírnos entrar.

—Y el «barman» ¿se da cuenta de que también permanece inmóvil?

—¿Estarán muertos? —murmuró Boris en voz baja.

White se acercó al mostrador.

—¡Hola, chicas! ¿Qué tal? Yo me llamo Tom White, soldado del IV Regimiento de Infantería Espacial. ¿Tomamos algo, guapas?

—¡White! —llamó Boris.

—¿Sí, sargento? —contestó el soldado, sin separar la vista de la joven que tenía más cerca—. Preciosa, ¿te he dejado muda con mi belleza varonil?

—¡¡White!!

El bramido de Boris hizo temblar los vidrios.

—Diga, sargento —contestó malhumorado el aludido—. Hombre, sólo trato de entablar conversación con estas lindas muchachas…

—Pídele una copa al «barman», anda.

El soldado miró a Boris extrañado.

—¡Rayos! ¡Este tipo se ha quedado tieso con sólo vernos entrar! —Y estirándose por encima del mostrador, trató de tocarle con la mano—. ¡Eh, tú, despabílate!

Boris sintió que se le clavaban en su brazo las uñas de Harmony. En aquel preciso instante, el «barman» se derrumbaba al suelo con sordo estruendo.

White pegó un salto. Al hacerlo, tocó a las muchachas y éstas se desplomaron al suelo, una tras otra, en confuso montón.

El soldado empezó a dar gritos. Debrais blasfemó.

Harmony dijo:

—Ya… ya… me agu… aguanto…, sa… sargento.

Pero sus dientes le castañeteaban convulsivamente.

Uno de los soldados se acercó a White y le sujetó por los brazos.

—Tom, muchacho, cálmate —le dijo suavemente—. Repórtate.

White empezó a recobrarse. Labiza se había sentado en una silla y, apoyando los codos en la mesa más próxima, ocultaba el rostro entre las manos.

—¡Sargento! ¿Qué sucede aquí? —preguntó.

—No lo sé, muchacho —respondió Boris—. Ha debido, ocurrir alguna gran catástrofe y todos murieron a la vez.

MacDuff se acercó a una de las muchachas caídas y tocó su muñeca. Luego le examinó el blanco de los ojos y le abrió la boca.

Se incorporó.

—Parece como si todos se hubieran quedado dormidos al mismo tiempo —manifestó—. Pero están muertos.

Harrocks dijo:

—Al menos, sargento, veo licores. Y creo que una copa no nos vendría mal para calmar un poco nuestros nervios, ¿no le parece?

Boris asintió en silencio. Volvió el rostro hacia Harmony.

—¿Se va calmando usted, doctora? Tenga presente que lo más probable es que nos encontremos más cadáveres en las restantes casas de la ciudad.

—Sí —dijo ella, procurando dominar sus estremecimientos.

Harrocks buscó una botella. Preparó unos cuantos vasos y quitó el corcho. Inclinó la botella y de pronto, cuando apenas había salido líquido suficiente para llenar un vaso, la tiró contra la pared más cercana.

—¡Es sangre! —aulló, retrocediendo hasta que su espalda chocó contra la estantería.

Hubo un momento de silencio. Luego Debrais se acercó al mostrador y tomó el vaso, examinándolo al trasluz. Después miró los chafarrinones que habían quedado en la pared al estrellarse la botella lanzada por el soldado.

—¡Sargento, vayámonos de aquí! —rogó Harrocks plañideramente—. Esta ciudad está embrujada.

—Y todo el planeta —añadió MacDuff con lúgubre acento.

Boris frunció el ceño. Empezaba a encontrar muy raras algunas cosas.

—¿Estamos seguros siquiera de que, verdaderamente, «existe» esta dudad?

Los siete componentes del grupo se le quedaron mirando con la boca abierta. De pronto, Debrais dijo:

—Fargo, no irá usted a decirme que la existencia de White Springs es un mito, ¿verdad? —Se acercó a la barra—. Mire usted este mostrador: es una entidad sólida y tangible, lo cual demuestra que…

Al mismo tiempo que hablaba, accionaba como para pegar un puñetazo en la cubierta del mostrador. Su mano no encontró la

menor resistencia y se inclinó con rapidez a un lado, cayendo repentinamente al suelo.

Harmony lanzó un grito de asombro.

¡El mostrador había desaparecido repentinamente!

Y tras el mostrador, la estantería con las botellas y las mesas y sillas y los cadáveres y todo el edificio.

¡Repentinamente, se encontraron en la calle!

Y la ciudad desaparecía.

Las casas se esfumaban con enorme rapidez: primero las más próximas, luego las siguientes y así sucesivamente, completamente en torno a ellos, hasta que, en menos de treinta segundos, la ciudad hubo desaparecido por completo, como borrada por una esponja gigantesca.

Hasta las granjas que rodeaban la ciudad y sus tierras de labor desaparecieron.

Sólo el desierto quedó, un desierto amarillo, pedregoso, calcinado por el sol de siglos.

El sol y ocho personas aturdidas, qué no sabían qué hacer ni qué decir.

Al cabo de un largo rato, Debrais se sentó en el suelo. Movió la cabeza.

—Aquí ocurre algo que escapa a nuestra comprensión —murmuró, rompiendo el fúnebre silencio en que todos habían caído.

Harmony miró a Boris.

—¿Sargento?

—¿Sí, doctora?

—Denos su opinión sobre el particular, se lo ruego.

Boris miró a derecha e izquierda; luego alzó su vista al sol durante un instante y terminó sentándose en el suelo.

—Descansemos —dijo—. Esto lo primero. Siéntense todos y, sobre todo, procuren mantener la calma. Si perdemos los nervios, podemos considerarnos perdidos.

Así lo hicieron todos. Boris sacó cigarrillos y los repartió. El sol había vencido ya la mitad de su recorrido y sus rayos habían perdido buena parte de su fuerza.

Después de inhalar las primeras bocanadas de humo, Boris empezó a hablar:

—En primer lugar, diré que ahora más que nunca estoy

convencido de que no hemos vuelto a la Tierra. Continuamos perdidos en este planeta loco, cuyos espejismos son tan reales que incluso los tocamos y los percibimos sensorialmente. Ahora bien, ¿qué es lo que provoca dichos espejismos?

—¿De veras cree usted que son espejismos, sargento? —preguntó Debrais.

Boris tendió la mano en torno suyo.

—Mire usted, profesor —dijo—. Hace tan sólo unos minutos existía en torno nuestro una ciudad de tres mil cuatrocientos habitantes. Ahora estamos en pleno desierto. ¿Quiere decirme que lo que hemos visto no era un espejismo?

—Parece ser que sí —concordó Debrais—. Pero hay algunas cosas que no lo son. O que no lo han sido, mejor dicho.

—¿Por ejemplo?

—La bestia antidiluviana que fusilaron usted y sus hombres. La muerte del pobre Beratti.

—¡Es cierto! —exclamó Harmony—. El barranco era también un espejismo. Entonces ¿por qué murió destrozado como si realmente se hubiera caído por el acantilado?

Nadie supo contestar a la pregunta de la joven.

—¿Y el perro que se comió a Harrocks y luego desapareció? —exclamó MacDuff.

—Tengo formada una vaga hipótesis —murmuró Boris con tono un tanto ausente.

De pronto extendió la mano y la movió dos o tres veces en sentido circular, horizontalmente.

De pronto, una serpiente cobra apareció en el suelo, haciendo oscilar su cabeza amenazadoramente, en tanto que su lengua bífida entraba y salía con gran rapidez de sus fauces.

Harmony lanzó un grito de susto. Debrais renegó entre dientes. Los demás emprendieron una huida general.

—¡Quietos! —ordenó Boris perentoriamente—. ¡Miren aquí todos!

Extendió la mano hacia la serpiente y la transformó en un bastón que cayó al suelo, recto y tieso.

Luego recogió el bastón y, poniéndose en pie, tomó impulso y lo lanzó hacia delante con todas sus fuerzas. El bastón desapareció a los pocos metros como si no hubiera existido.

Boris se volvió satisfecho hacia los demás, que le contemplaban con mal disimulado asombro.

—Bien —dijo—, me parece que ya he averiguado la forma de producirse los espejismos —señaló hacia Harmony con la mano—. Doctora, piense usted en alguna cosa y ordene que se materialice. Por favor, que sea inofensiva, ¿eh?

Harmony asintió. Una linda modelo, que presentaba un lujoso traje de fiesta, desfiló graciosamente ante ellos. Dio dos o tres vueltas con aire profesional y desapareció en un santiamén cuando Boris hizo chasquear los dedos.

La doctora le miró con asombro.

—Sargento, esto es increíble. ¡Se materializan los pensamientos!

—Algunos, no todos —corrigió Boris—. Diciéndolo de una sola vez, se trata pura y simplemente de alucinaciones.

—¿Causadas por…? —preguntó MacDuff.

Boris alzó los hombros.

—¿Cómo voy a saberlo yo, profesor? Eso es cosa de ustedes, los hombres de ciencia. Lo cierto es que la alucinación de uno la ven todos.

—Excepto en el caso de mi cerveza —rezongó Debrais.

—¿No será ello debido a la peculiar constitución de este planeta? —sugirió Harmony.

—El analizador lo declaró casi idéntico a la Tierra.

Boris se volvió para mirarla.

—Oiga —exclamó uno de los soldados, Labiza—: Hemos estado casi cuatro años encerrados en la astronave. Quizás un encierro tan prolongado ha podido afectar nuestro sentido del equilibrio psíquico.

—Es muy posible —concordó Harmony—. Y quizá después de algún tiempo lleguemos a acostumbrarnos a vivir en este planeta sin alucinaciones.

Harrocks sacudió la cabeza.

—En todo caso —dijo—, se trata de unas alucinaciones demasiado sólidas. Todavía me parece sentir en la mano el contacto de la botella llena de sangre.

—Y el mostrador era bien sólido —dijo White.

—Lo parecía, que no es lo mismo —objetó Boris.

—¡Vaya! —resopló Labiza—. A ver si ahora va a resultar que el

suelo que pisamos no es sólido.

Apenas había terminado de hablar, lanzó un grito. Sus pies acababan de desaparecer hasta más arriba de los tobillos en un charco de arenas movedizas.

—¡Eh, que me hundo! ¡Sáquenme de aquí! —gritó, lívido de pavor.

Boris se oprimió el puente de la nariz con el índice y el pulgar de la mano derecha. Pensó furiosamente durante unos segundos.

De repente, Labiza se encontró sentado en el suelo, mirando estúpidamente en torno suyo.

—¡Diablos! ¡No hay arenas movedizas!

—Esto empieza a aclararse —murmuró Boris.

—¿Sí, sargento? —preguntó Harmony.

—Sí. Escuche, lo que piensa uno lo piensan los demás y, por lo tanto, lo ven, se materializa. Al menos, en la mayoría de los casos.

—¿Cómo está tan seguro de ello, Boris?

—Escuche: anoche, cuando me levanté para inspeccionar la guardia, se me ocurrió pensar en que quizás este planeta pudiera estar habitado, cosa que no dejaría de constituir una gran ventaja para nosotros. A los pocos momentos, divisé las luces de White Springs en la lejanía.

—Yo calculo que la ciudad que se nos apareció era parecida a White Springs, porque los alrededores son parecidos también y, subconscientemente, se me ocurrió pensar en ella. Fíjese ahora en lo que le ha sucedido a Labiza. Comentó que acaso el suelo que pisaba podía no ser sólido y…. ¡Labiza! —llamó al soldado.

—Sí, sargento.

—¿En qué pensabas cuando te viste hundir en las arenas movedizas?

—Pues… —Labiza se mostraba indeciso—. Dije que acaso el suelo no fuera demasiado sólido y… no sé, se me ocurrió pensar en arenas movedizas, eso fue todo.

—Y si no intervengo yo oportunamente —murmuró Boris, mirando a Harmony—, se hubiera ahogado.

—¡Eh! ¿Qué está diciendo, sargento? —exclamó ella, muy extrañada—. ¿Ahogarse en unas arenas movedizas… que no existían?

Boris le miró fijamente durante unos segundos.

Después, muy lentamente, dijo:

—Beratti murió estrellado contra el fondo de un precipicio que no existía, doctora.

Hubo una pausa de silencio.

—Me parece que empiezo a comprender —dijo MacDuff—. Indudablemente, Beratti debió pensar en un precipicio y «se cayó». La sugestión fue tan fuerte que él mismo se mató, hiriéndose de la misma manera que si la caída hubiera sido real.

—Pero yo no vi el precipicio —objetó Boris. De pronto chasqueó los dedos—. Ah, ya lo entiendo. Estaba muy enojado, maldiciendo la piedrecita que tan inoportunamente se me había introducido en la bota. Naturalmente, mis pensamientos estaban muy alejados de allí en aquel momento.

—Y ahora —murmuró la joven— usted pensó que no había arenas movedizas e hizo desaparecer la sugestión de nuestras mentes.

—Así fue —respondió Boris.

—Lo cual —añadió Harmony— significa una cosa.

—¿Sí, doctora?

—Sí —dijo ella con voz firme—. La astronave no ha desaparecido. La astronave está allí. *En el mismo lugar de su aterrizaje.*

CAPÍTULO VI

legaron a la linde del bosque jadeantes, sin aliento, empapados en sudor de pies a cabeza. Se detuvieron, contemplando el espacio que tenían ante sí con ojos llenos de incredulidad.

—La astronave está ahí —murmuró Boris muy bajito.

Harmony respiró a pleno pulmón.

—¡Gracias, Dios mío! —murmuró fervorosamente. Y ya, completamente libre de preocupación por el momento, avanzó hacia la nave, seguida de los miembros de la patrulla.

—¿No será una alucinación? —rezongó Skacz.

—¡Calla, estúpido! —le increpó Boris.

Desde lo alto de la escotilla, un hombre les saludó alegremente con la mano.

—¡Hola, doctora! ¿Qué tal, muchachos?

Llegaron al pie de la nave. Una escalera de cuerda fue lanzada desde arriba.

Boris la agarró, sacudiéndola con fuerza. Meneó la cabeza.

—Es de verdad —dijo—. Suba, doctora.

Uno tras otro, emprendieron el ascenso. Al llegar arriba, el hombre que les había saludado les dio una mala noticia.

—El doctor Baunder está agonizando. Un ataque cardíaco.

Harmony sacudió la cabeza.

—¿Está en su cámara?

—Sí, doctora.

—Bien, iré a verle ahora mismo. Sargento, puede descansar hasta nueva orden.

—Gracias, doctora.

Boris se dirigió a la cámara donde se alojaba con el resto de los soldados. Tooper y sus hombres habían vuelto ya de su exploración.

Después de los primeros saludos, preguntó:

—Tooper, ¿han vuelto todos ustedes?, ¿les ha pasado algo especial?

—Sí, claro. No nos ocurrió nada de particular, sargento. Bueno —agregó el cabo—, me refiero a la parte física.

Boris empezó a quitarse las ropas. Estaba necesitado de un buen baño.

—Claro. Estoy seguro de que vieron muchas cosas raras.

Tooper chasqueó la lengua.

—¡Ya lo creo! Hasta fantasmas con cadenas y todo vimos, sargento. Este planeta está embrujado. Si yo fuera el jefe de la expedición, despegaría inmediatamente de aquí, dejando atrás los fantasmas para siempre, sargento. Créame, si seguimos mucho tiempo aquí, acabaremos todos locos.

Boris se puso una toalla en la cadera y otra al cuello. Mientras se dirigía al cuarto de la ducha, dijo:

—Quizá lo estemos ya todos, aunque no lo sabemos.

Cuando terminó, era ya tarde. Estaba cansado y hambriento, de modo que al concluir la cena, buscó su litera, se tendió en ella y se durmió a los pocos momentos.

Estuvo durmiendo toda la noche de un tirón. Al despertarse, se vistió y lavó, desayunando rápidamente. Presentía que no iban a tardar mucho en llamarle, como así sucedió.

El altavoz graznó una orden.

—Sargento Fargo, preséntese de inmediato en la cámara de la

doctora Torres.

Boris se abrochó la camisa, sujetándose acto seguido el cinturón. Salió de la estancia, encaminándose hacia la de Harmony.

Cuando entró en la cámara, vio a la joven en compañía de cuatro o cinco individuos, uno de los cuales era el capitán Buggles, piloto jefe de la nave. Debrais y MacDuff estaban también, así como el doctor Hanson, psiquiatra de la expedición.

Boris se detuvo en el umbral, un tanto indeciso.

—Pase, sargento —dijo Harmony—. Siéntese donde pueda.

—Sí, doctora —respondió él, muy intrigado.

¿Para qué le habían llamado?, se preguntó.

No tardó mucho en tener la respuesta.

—Necesitamos su colaboración, sargento —dijo Harmony escuetamente.

Boris enarcó las cejas.

—Sí —continuó la joven—. Infortunadamente, el doctor Baunder, jefe de la expedición, ha muerto y ahora soy yo la que ostenta el mando. Estamos tratando de resolver lo que ha de hacerse.

—¿En qué sentido? —preguntó Boris.

—En el de seguir explorando el planeta… o regresar a la Tierra.

Boris respingó.

—¿Regresar? —exclamó—. Pero ¡si hemos explorado tan pocos planetas! ¡Y éste es tan adecuado al establecimiento de colonos!

—Hay una grave dificultad para ello, sargento —dijo Buggles—. Este planeta causa alucinaciones. Ignoramos los motivos, pero así es. Y, según creo, usted ha tenido ocasión de comprobarlo personalmente.

—Cierto —respondió Boris—, pero yo creo que a todo se habitúa uno. Todo consiste en educar la mente y… en averiguar la causa de tales alucinaciones.

Harmony miró a Hanson.

—¿Doctor?

El psiquiatra carraspeó.

—He estado hablando con los miembros de la otra expedición. Todos ellos coinciden en haber presenciado muy extrañas alucinaciones, algunas de ellas de verdadera gravedad. Afortunadamente, pudieron regresar indemnes todos ellos, cosa que

no les ha sucedido a ustedes.

—Además —dijo Buggles— sólo nos queda el combustible justo para generar la energía suficiente que nos permita regresar a la Tierra. No podemos continuar explorando más planetas. Ni siquiera éste.

—¿Por qué? —preguntó Boris, muy intrigado.

—Ignoramos la causa. Lo que sí se sabe de un modo positivo es que los marcadores de combustible indican pérdidas en los tanques de almacenamiento y que dentro de muy poco alcanzaremos el límite de seguridad mínima.

—Bien —Boris se frotó la mandíbula—, a mí no me queda otro recurso que obedecer. Aquí soy el último mono o algo por el estilo.

—En cierto modo —dijo Harmony—, usted es uno, de los personajes representativos del personal de la nave. Conviene no olvidar que es el jefe de la escolta armada.

Boris miró a Hanson.

—Y el psiquiatra ¿qué dice?

—Hablando con franqueza, este planeta es enormemente atractivo para mí. Las alucinaciones que produce son fascinadoras, vistas desde el punto de vista médico. Por eso me gustaría quedarme algún tiempo más aquí…, pero el capitán Buggles dice que no puede ser.

—En tres días y siguiendo el mismo ritmo —observó el aludido —, habremos alcanzado el límite citado de seguridad mínima. No es posible perder más tiempo, sería peligroso.

—¿No se tratará de una alucinación también? —sugirió Boris.

Buggles negó vigorosamente.

—Lo hemos comprobado todos los oficiales de la nave, sargento. Además, en este momento, el maquinista jefe está repasando de nuevo los indicadores. No, hay algo que desconocemos por completo, pero que no por ello deja de originar las pérdidas de combustible.

—¿No se tratará de algún orificio en los tanques de depósito?

—Imposible. Los detectores de alarma lo hubieran señalado ya.

Boris se rascó la mejilla.

—Bien, pero ¿cómo tiene usted la seguridad de que esa pérdida no va a continuar en el espacio, capitán?

La pregunta dejó sin habla a todo el mundo.

Después de unos momentos, Boris continuó:

—Aun en el espacio es preciso mantener en funcionamiento algunos motores auxiliares, después de alcanzada la velocidad orbital conveniente. Supongamos que el combustible falla. Nos quedaríamos sin luz y sin energía eléctrica, la radio y el radar no funcionarían, como tampoco el deflector de meteoritos…, esto sin tener en cuenta que ¿cómo íbamos a aterrizar a nuestro regreso sin combustible para frenar la velocidad de descenso? ¿Con qué chorros iba usted a efectuar sus correcciones de rumbo, capitán?

Hizo una pausa y añadió:

—Los tanques pierden. Muy bien. Aparentemente, el motivo es este planeta. Pero no puede asegurar que una vez en el espacio no sigan perdiendo, capitán.

—Es cierto —murmuró Buggles.

—Si despegamos de aquí, debernos estar absolutamente seguros de que las pérdidas no se producirán también en el espacio. De lo contrario, valdría más que nos quedásemos en este planeta, con todos sus defectos e inconvenientes.

Buggles se puso en pie.

—De acuerdo. Tenemos todavía un poco de tiempo, de modo que voy a hacer practicar una exhaustiva investigación acerca de esas pérdidas. La tendré informada de todo lo que suceda, doctora Torres.

—Gracias, capitán.

Al quedarse solos, Harmony miró a Hanson.

—Doctor, ahora tiene usted la palabra. ¿Cómo va a solventar el problema de las alucinaciones?

—En mi opinión, éste es un fenómeno que sólo se ha producido, hasta ahora, en este planeta, no así en los otros que hemos visitado, ninguno de los cuales es apto para la colonización. Creo que debe existir algún factor peculiar que produce tales visiones y si lográsemos descubrirlo, habríamos dado un paso firme en nuestros propósitos.

—Pero si seguimos aquí, corremos el peligro de volvernos locos todos —dijo Boris. Se estremeció—. Demonios, cada vez que me acuerdo de las cosas que he visto, me entra frío.

Y luego añadió:

—Soy el último mono de la nave, pero convendría que los

científicos empezaran a estudiar las causas de esas alucinaciones.

—Es una buena idea —concordó Harmony—. Pónganse al trabajo inmediatamente —se dirigió a MacDuff y compañía.

Éstos se pusieron en pie y salieron de la estancia. Boris iba a hacer lo mismo, pero ella le detuvo.

—Usted, no, sargento. Tiene que venir conmigo.

Boris la miró inquisitivamente.

—Sí, hemos de dar sepultura al cuerpo del doctor Baunder.

—Tiene razón —murmuró Boris.

Una hora más tarde, la sepultura estaba hecha. El cuerpo del jefe de la expedición fue colocado en el fondo de la tumba y recubierto luego con tierra. Sobre la misma se colocó una cruz de madera, con una pequeña plancha metálica en la cual se habían grabado el nombre del que yacía bajo tierra, así como sus fechas de nacimiento y defunción y algunos breves datos personales.

Pero la vida debía continuar. Tras unos momentos de respetuoso silencio, Harmony dio orden de reanudar el trabajo.

Los grupos se disolvieron lentamente. La mayoría se encaminó de nuevo hacia la astronave. Harmony se rezagó unos momentos, observando a Boris, que estaba dando los últimos toques a la tumba para dejarla bien protegida.

La joven contempló al sargento. No era la primera vez que se fijaba en él. Boris era un simple sargento de Infantería espacial, pero ella había podido darse cuenta de que sus ademanes y sus gestos, pretendidamente rudos, encubrían un interior mucho más cultivado de lo que podía parecer superficialmente. ¿Qué había tras la frente de Boris? ¿Qué ocultos pensamientos se escondían bajo su cabello áspero, cortado a hachazos?

Boris concluyó su trabajo. Entonces se dio cuenta de que ella le había estado mirando y se turbó ligeramente.

—Hola, doctora —dijo—. No me di cuenta de que estaba usted aquí.

—Estuve mirando lo que hacía, sargento —contestó ella.

—Bueno —Boris se encogió de hombros—, en realidad, casi soy el único que no tiene una misión específica…, salvo la de protegerles a ustedes de posibles peligros. Y, en el momento actual, esto se encuentra muy tranquilo.

Harmony paseó la vista en torno suyo.

—Sí —dijo lentamente—. Muy tranquilo. Pero en dos días, hoy es el tercero de nuestra estancia aquí, hemos perdido ya dos hombres. ¿Sufriremos más pérdidas?

—En todo caso —respondió él—, debemos estar dispuestos a afrontarlas con valor. Esto es la consecuencia lógica de todo proceso de colonización.

Ella asintió pensativamente.

—Sargento, si le ofrecieran quedarse en este planeta, ¿aceptaría usted? —preguntó inesperadamente.

Boris la miró extrañado.

—¿Por qué dice eso, doctora?

—Éste es un mundo muy atractivo —dijo la joven—. Claro que ofrece peligros, pero ¿qué planeta no los tiene? En cambio, tiene ciertas ventajas que no son de desdeñar.

—¿Por ejemplo?

—Parece deshabitado. Por lo tanto, sobra espacio donde acomodarse. Además si lográsemos superar el bache de las visiones, tendría el incentivo de recorrer nuevas tierras, explorarlas, ponerles nombres… fundar ciudades, en fin, tantas y tantas cosas habría por hacer en un planeta nuevo…

Boris sacudió la cabeza.

—El programa es realmente atractivo, doctora. Pero no sé si me resolvería a quedarme aquí.

—¿Por qué? ¿Añora usted nuestro planeta de origen, eh?

La mirada de Boris se hizo repentinamente soñadora.

—No, no es eso, doctora Torres. Es que…

—Siga —le urgió ella.

Pero Boris permaneció silencioso durante unos momentos. Entonces Harmony se dio cuenta de que el sargento tenía la vista fija en un lugar.

Miró hacia el mismo sitio. Los ojos de Boris estaban clavados en la astronave.

Una súbita idea se le ocurrió a Harmony que decidió poner en práctica seguidamente.

—Usted ha sido astronauta antes de ahora, sargento —afirmó.

El rostro de Boris se contrajo bruscamente.

—Por favor —dijo—. Si no le importa, preferiría no hablar de ello.

—Dispense mi insistencia, pero ¿tan mal le fue a usted en su profesión?

—He dicho que no quiero hablar del asunto —contestó él rígidamente. Se pasó la mano por la frente y, algo más calmado, añadió—: Excúseme, doctora.

—No se preocupe. Creo que empiezo a comprenderle, sargento. —Harmony suspiró—. Bien, regresemos a la nave. Tengo mucho trabajo que hacer.

Echaron a andar. Estaban llegando a las inmediaciones del aparato cuando, de pronto, se oyó un atronador bramido.

Boris volvió la cabeza. La sangre se le heló en las venas al ver que los árboles del bosque se estremecían fuertemente.

Sonaron más rugidos, a la vez que se oía un espantoso rumor de árboles tronchados. De pronto, el enorme cuerpo de un espantoso animal apareció ante la vista de la pareja.

Y luego otro y otro y otro, hasta media docena de aquellos seres colosales salieron del bosque, chillando y bramando atronadoramente, a la vez que cargaban contra la nave a toda velocidad.

Harmony y Boris quedaron paralizados de espanto. Ni la más calenturienta imaginación podía dar vida a semejante visión.

CAPÍTULO VII


terrado, Boris comprobó que no tendrían tiempo de llegar a la nave.

Estaban más cerca del aparato que las enormes bestias, pero éstas les superaban en velocidad. En pocos segundos les alcanzarían y entonces… aquellos animales eran reales, no alucinaciones.

Boris recordó fugazmente la enorme bocaza de la bestia que habían matado a tiros él y sus hombres y se estremeció al pensar en las hileras de dientes sumamente aguzados. Agarró a la joven por el brazo.

—Corramos —dijo.

Harmony no necesitó que se lo repitieran. Durante unos momentos, la pareja corrió con todas sus fuerzas.

En la escotilla de la astronave, dos soldados empezaron a disparar los rifles. Pero eran unas armas demasiado débiles contra aquellos monstruos y se hubieran necesitado cientos de disparos antes de conseguir algunos resultados, cosa imposible dado el

escaso margen de tiempo con que se contaba.

Súbitamente, Harmony tropezó y cayó, arrastrando a Boris. El sargento dio unas cuantas volteretas sobre sí mismo, incorporándose ágilmente. Harmony permanecía aturdida en el suelo.

Regresó sobre sus pasos y la izó en vilo con sus poderosos brazos.

El suelo vibraba bajo el impacto de medio centenar de patas, movidas con galopante rapidez. La distancia entre la pareja y las bestias disminuía a ojos vistas.

—Déjeme —suplicó ella—. Váyase, Boris, aún tiene tiempo de salvarse.

—No —exclamó él corajudamente—. O nos salvamos los dos o perecemos juntos.

¿Salvarse?

Los monstruos estaban a menos de trescientos metros de distancia. A la velocidad que llevaban, los alcanzarían en quince segundos escasos.

Sus bramidos atronaban la atmósfera. Boris se vio perdido.

Incluso los soldados habían dejado ya de disparar por temor a herirlos. Las bestias aumentaban de tamaño con rapidez aterradora.

—Si dispusiéramos de una barrera para aislarnos de su ataque —se dijo.

¿Una barrera?

¿Cómo se defendían antiguamente los exploradores terrestres de los ataques de las fieras?

Empleaban hogueras.

Pero allí no había ni una mala ramita para encender fuego. Todo era césped, verde y jugoso. Además, aunque hubiesen dispuesto de la leña necesaria, el tiempo les hubiera faltado.

La distancia se redujo en una tercera parte. Ya sólo estaban a doscientos metros de los monstruos.

¡Una barrera de fuego!

Y, de repente, Boris y Harmony quedaron envueltos en un círculo de llamas.

Ella lanzó un agudo grito.

—¡Boris!

La sorpresa que recibió él fue tan grande, que casi estuvo a

punto de dejar escapar a Harmony.

—¡Dios mío! —murmuró.

Las llamas formaban un círculo impenetrable, en cuyo centro se encontraban ellos. Al otro lado del fuego se oyeron los rugidos de las bestias, sonando con trémolos de furor impotente.

La altura de las llamas creció hasta llegar a los doce o quince metros. Era imposible ver lo que había al otro lado.

Pasaron unos momentos. De pronto, Boris advirtió que los bramidos de los monstruos decrecían en intensidad. Sus pisadas se oyeron en dirección al bosque.

—Suélteme —dijo Harmony.

Boris permitió que la joven se apoyara en el suelo. Se pasó la mano por los ojos.

—¡Jesús! —dijo—. Nunca lo hubiese creído… de no haberlo visto en persona.

Las llamas continuaban ondulando. Entonces, Boris reparó en un detalle.

Era un fuego que no daba calor.

Harmony lo advirtió también.

—Esas llamas no tienen temperatura —dijo, extrañada.

—¡Naturalmente! ¡Como que no existen! —Y apenas había acabado Boris de pronunciar tales palabras, las llamas se extinguieron tan súbitamente como habían aparecido.

—¡Dios mío! —exclamó ella.

Boris sacudió la cabeza. Miró a lo lejos, viendo a las bestias que se adentraban de nuevo en el bosque, arrasando cuanto encontraban a su paso.

—Por lo visto —dijo—, no somos sólo nosotros los que percibimos las visiones.

—Los animales también —dijo ella, muy extrañada.

Sonaron algunos gritos. Varios tripulantes, a la cabeza de los cuales iba Debrais, corrían hacia ellos.

El biólogo llegó sin aliento junto a la aturdida pareja.

—¿Están bien? —preguntó.

—Sí, claro —respondió Harmony.

—¿Qué les sucedió a las bestias? Estaban a punto de alcanzarles cuando las vimos dar media vuelta espantadas y huir a la carrera.

—Se me ocurrió pensar que una cerca de fuego podría acaso

librarnos del ataque de los animales —contestó Boris.

—¿Una cerca de fuego? —repitió Debrais boquiabierto.

—Así es —afirmó Harmony—. Un círculo de llamas fue el que nos salvó del ataque de los animales.

Debrais miró a derecha e izquierda, hacia los que le acompañaban.

—No estamos locos —rezongó Boris—. ¿Usted no vio las llamas?

—Por supuesto que no —contestó envaradamente el biólogo.

—Los monstruos, sí, a juzgar por la prisa que se dieron en huir —exclamó Boris.

—Está bien —decretó Harmony—. Lo mejor será que regresemos a la nave. Quizás el doctor Hanson tenga algo que decirnos sobre el particular.

Pocos minutos más tarde, estaban hablando con el psiquiatra. Hanson había contemplado también la escena y, como el resto de los tripulantes, se hallaba enormemente asombrado por la inesperada salvación de la pareja.

Por indicación de Harmony, los tres se quedaron solos en la cámara del psiquiatra, discutiendo el hecho.

—Es evidente que bastó que usted deseara que apareciesen las llamas para que se produjera el suceso —observó Hanson—. Pero ¿cómo las vieron también los monstruos? Por los relatos que me han hecho ustedes de cuanto les ha ocurrido durante su expedición, generalmente, bastaba que uno pensara una cosa, para que todos los demás la vieran.

»Esto se comprende, en cierto modo, claro está, tratándose de personas. Pero es que usted influyó también en la mente de las bestias, sargento. Y no es una mente evolucionada, como podría serlo la de un perro o un mono, sino, en la escala de los cerebros de los animales, los reptiles, saurios y demás bestias similares, entre las cuales podemos incluir a esas fieras, su cerebro está muy poco desarrollado. Apenas si es más que un motor nervioso que mueve los músculos del cuerpo para las funciones vitales.

—Entonces —dijo Boris—, una de dos: o mi cerebro es muy poderoso o el de esas bestias está sumamente desarrollado.

—Hagamos una prueba —dijo el psiquiatra—. Sargento, piense usted en cualquier cosa, inofensiva, por supuesto.

Boris se concentró unos instantes. Levantó la mano y al punto

apareció en ella un jarro repleto de cerveza hasta los bordes.

—Muy bien —dijo Hanson—. Hágalo desaparecer.

Boris levantó bruscamente la mano, como si arrojase el jarro a lo alto. La vasija desapareció.

—Otra cosa —pidió Hanson.

Durante unos minutos, Boris estuvo haciendo aparecer y desaparecer diversos objetos. La exhibición terminó con la imagen de una segunda Harmony, pero reducida a un tamaño diez veces menor que el real. Boris la sostuvo en la palma de la mano.

—¡Sargento! —exclamó ella, muy furiosa.

—¡Sargento! —repitió la figurilla, con una voz muy débil, pero perfectamente audible.

Hanson y Boris se desternillaban de risa. Al fin, el sargento cerró la mano y el diminuto doble de Harmony desapareció.

—Eso no me gustó nada —dijo ella, enfurruñada.

—Bromas a un lado —exclamó el psiquiatra—, lo cierto es que he contemplado la mejor exhibición de hipnotismo que he visto en mi vida. En la Tierra se hincharía usted de dinero, sargento.

—Cualquiera de nosotros, doctor —contestó Boris—. Porque supongo que usted también debe ser capaz de crear visiones, ¿no es cierto?

Unas cuantas demostraciones del psiquiatra corroboraron las palabras de Boris. Al terminar, Hanson se quedó muy pensativo.

—Es evidente —comentó—, que ninguno de nosotros poseíamos estas facultades no ya al zarpar del astropuerto, sino al llegar a este planeta. ¿Qué es lo que nos ha hecho desarrollar esta enorme potencia mental? Si lo supiéramos, tendríamos adelantada una buena cantidad de terreno. Pero, desgraciadamente, estamos tan atrasados como el primer día.

»Y ahora nos enfrentamos con dos peligros: uno de ellos es que resulta muy difícil controlar los pensamientos. Nos quejamos de que la lengua se dispara pronto, pero resulta lentísima comparada con la velocidad con que se concibe una idea cualquiera. Por ejemplo, los hombres que usted envió a cortar leña, sargento.

»Uno de ellos, creo, debió pensar que estaba golpeando a una persona con el hacha. E inmediatamente percibió auditivamente las reacciones de esa hipotética persona, transmitiéndoselas a todos ustedes. El desgraciado de Beratti pensó en un precipicio. Y se

mató. Si el sargento está vivo, débese indudablemente a que estaba maldiciendo a la piedra y a la bota; de lo contrario y puesto que caminaba en cabeza de la patrulla, hubiera “caído” también en el precipicio, con las consecuencias que son de suponer.

»En el caso de Beratti, la sugestión fue tan fuerte que él mismo se mató. Su mente influyó de tal manera en todo su organismo, que su cuerpo recibió las lesiones que realmente se hubiera causado al caer por un precipicio auténtico.

»Éste es el principal peligro con que hemos de enfrentarnos en este planeta. Si no conseguimos controlar nuestros pensamientos, si no dominamos la actividad de nuestra mente, estamos perdidos, doctora Torres.

Después de las palabras del psiquiatra hubo unos minutos de silencio. Después, Harmony dijo:

—Y el segundo peligro a que usted aludía, ¿cuál es, doctor Hanson?

—La pérdida de los tanques —contestó el aludido—. Está visto que no podemos continuar en este planeta. Si el capitán Buggles y sus hombres no consiguen hallar la avería y repararla, acabaremos todos volviéndonos locos.

* * *

Veinticuatro horas más tarde, el capitán Buggles emitió un informe descorazonador.

—La pérdida prosigue, doctora Torres. Todas las pruebas son positivas.

Harmony permaneció unos momentos inmóvil, en silencio. Cerca de ella, con los brazos cruzados sobre el pecho y apoyado en la pared, Boris presenciaba la escena.

—¿Con seguridad, capitán? —preguntó la joven al cabo.

—Positiva, doctora —respondió Buggles—. No hay la menor duda en cuanto al escape de combustible. Los tanques han sido revisados minuciosamente sin que haya podido hallarse el menor orificio que permita la salida, digamos natural, del combustible. El que usamos es sólido, como usted sabe, y se vaporiza instantáneamente al contacto con la atmósfera.

Un escape, por pequeño que fuera, se advertiría en el acto y todo

ha sido bien revisado.

Harmony volvió el rostro hacia Boris, como consultándole con la vista.

—¿No se tratará —sugirió el sargento—, de una alucinación de alguno de sus hombres, capitán?

—En absoluto —respondió Buggles enfáticamente—. Las comprobaciones han sido efectuadas con toda meticulosidad. Y, por otra parte, los instrumentos de medida no engañan.

—Pero la vista sí, capitán —arguyó el sargento—. Usted puede creer que la doctora Torres no está aquí, delante de nosotros. Incluso puede dejar de verla, pero ella siempre estará físicamente, aunque no en forma psíquica. ¿Comprende lo que quiero decirle?

Buggles se envaró.

—Mi vista es excelente, sargento —dijo con sequedad—. Y la de mis hombres, también.

—Entonces. ¿Qué me sugiere usted, capitán? —preguntó la joven.

—Zarpar —exclamó Buggles tajantemente—. Zarpar de inmediato. Dentro de cuarenta y ocho horas habremos llegado al límite peligroso. Entonces, fuera de este maldito planeta, podremos ver si la pérdida obedece a causas puramente mecánicas o es la influencia del planeta la que produce el fenómeno. En todo caso, hay la suficiente energía para salir, permanecer veinticuatro horas en el espacio y regresar, si fuera necesario.

Harmony se mordió los labios, sumamente irresoluta.

—El tiempo corre, doctora —la apremió Buggles—. Además, quedan otros muchos planetas por explorar…

—En otros sistemas solares, no en éste —dijo ella—. El más cercano es Sirio, a nueve años luz. No podríamos llegar allí.

—Ya —dijo rabiosamente el capitán—. Usted no quiere volver a la Tierra con un fracaso, ¿no es cierto, doctora?

El seno de Harmony se agitó de pronto.

—¡Capitán, repórtese! —Y tras una pausa, añadió—. Está bien, disponga todo lo necesario para zarpar dentro de treinta minutos.

Buggles se llevó la mano a la sien.

—De acuerdo —dijo bruscamente. Y salió de la cámara.

Al quedarse solos, Harmony miró a Boris.

—Opine, sargento.

—El capitán tiene razón, hasta cierto punto —respondió él cautelosamente.

—¿Cómo? Explíquese un poco mejor —dijo ella, un tanto enojada.

—En este mundo conviene mirar las cosas desde varios ángulos distintos. Usted es la responsable de la expedición, lo cual no quiere decir que sea responsable directa de la seguridad de la nave. Y el capitán Buggles está viendo que se queda sin combustible. Póngase en su lugar y procure pensar como él.

—Y usted —exclamó la joven—, póngase en el mío y piense como lo haría yo. Muerto el doctor Baunder, la responsable del éxito o fracaso de la expedición soy yo, sargento. Este planeta tiene un solo defecto: las alucinaciones. Si consiguiéramos hallar la causa, podría ser colonizado. Sus características y dimensiones son aproximadamente las de la Tierra. Es el más próximo, por otra parte y, además, la navegación interestelar progresa rápidamente. Dentro de un lustro, dos, como máximo, el tiempo de viaje entre la Tierra y este planeta se habrá reducido a la cuarta o quizás a la décima parte. Decenas, cientos de naves transportarán miles de colonos ansiosos de establecerse en un nuevo mundo. ¿Cree que puedo defraudar las esperanzas de todas esas gentes?

El pecho de Harmony subía y bajaba rápidamente.

—Conforme, soy la responsable —siguió—. Y he autorizado al capitán Buggles para zarpar. Ahora, imagínese usted que las pérdidas prosiguen. ¿Qué haremos sin combustible en el espacio? Figúrese usted la nave sin luz, sin medios de detección ni comunicación, sumidos en las tinieblas, vagando por el universo eternamente. ¿Qué sucedería cuando la tripulación se enterase de que estábamos condenados a morir en el espacio? ¿No cree que es preferible vivir aquí con pesadillas a morir en el espacio con todo el conocimiento?

Boris sacó un cigarrillo y lo encendió con tranquilidad.

—¿Y por qué no le dijo todo eso al capitán Buggles? —exclamó.

Ella se mordió los labios, sin saber qué responder.

Boris continuó:

—Usted no es un verdadero jefe, doctora —dijo—. Tomó la decisión de zarpar, influida por el capitán. Y ahora que él se fue, desearía haber prohibido la partida. No se puede ser indeciso en

este mundo, de lo contrario está uno perdido. O se dice sí o se dice no; pero, en todo caso, es preciso saber atenerse a las consecuencias.

Harmony hundió la cabeza entre las manos, terriblemente desalentada.

—No sé qué hacer —dijo—. Verdaderamente, Boris, estoy en un compromiso. La vida de más de setenta personas depende de mí y…

Calló, sin saber qué decir. Boris la miró con infinita compasión.

Súbitamente, un gran griterío llegó hasta ellos.

Harmony levantó la cabeza.

—¿Qué es eso, Boris?

La respuesta del sargento fue lanzarse hacia la puerta con tremendo ímpetu.

CAPÍTULO VIII



l escándalo provenía del puente de mando. Boris y Harmony corrieron hacia aquel punto, divisando a varios hombres que luchaban entre sí a brazo partido.

Boris trepó velozmente por la escala que conducía al puente de mando. Uno de los que luchaban más salvajemente era el propio capitán Buggles.

—¡Quietos! —gritó el joven, pero su voz se perdió en el tumulto.

Reconoció a algunos de los contendientes. Debrais y MacDuff estaban entre ellos.

Un puño brotó de entre la masa de gente, dirigiéndose al rostro de Boris. Éste echó hacia atrás la cabeza, agarrando la muñeca del individuo y retorciéndola hasta que crujieron los huesos.

El hombre lanzó un grito de dolor y se retiró a un rincón, quejándose lastimeramente.

Boris golpeó fieramente algunas cabezas. Dos o tres individuos cayeron al suelo.

Finalmente se restableció el orden. La mayoría de los contendientes mostraban claramente en sus rostros y en sus ropas las huellas de la pelea.

Buggles se apoyó pesadamente contra el cuadro de mandos. Jadeaba y un hilillo de sangre le brotaba de los labios.

—¡Todo el mundo a sus puestos! —gritó—. Zarparemos dentro de diez minutos exactamente. Aquel que no esté para entonces en su litera antichoque, perecerá irremediablemente.

Debrais se puso en pie de un salto. Tenía el pómulo derecho rajado y trataba de restañar la sangre con un pañuelo.

—Usted no moverá la nave de aquí, capitán —dijo—. Hemos estado celebrando consultas con la tripulación y la mayoría opta por permanecer en el planeta hasta tanto no se hayan averiguado las causas de los escapes de combustible.

—El amo de la nave soy yo —bramó el capitán—. Y nadie puede discutir mis órdenes en ese sentido. Además, tengo permiso del jefe de la expedición para zarpar inmediatamente.

Debrais se volvió hacía la joven.

—Doctora, ¿es usted la autora de esa orden insensata? —exclamó.

Harmony retrocedió un paso.

—Así es —dijo con voz vacilante.

—Muy bien —contestó Debrais—. No le puedo impedir que zarpe, si ése es su gusto, pero le prevengo que se irá sola con el capitán Buggles. Salvo usted y un par de chiflados, nadie quiere abandonar este planeta. Con todos sus vicios y defectos, se puede sobrevivir mejor que en el espacio.

—Se trata solamente de una prueba —gritó Buggles.

—¡No hay prueba que valga! Una vez en el espacio, usted se negaría a volver a tierra. Estamos aquí y de aquí no nos moveremos hasta que todo esté en orden.

—Faltan solamente ocho minutos para zarpar —dijo el capitán fríamente—. Si para entonces no está en su litera…

—Muy bien —exclamó Debrais—. Zarpen ustedes, lárguense si quieren. Pero ya me dirá cómo va a gobernar la nave con sólo tres o cuatro auxiliares… sí es que le quedan tantos. Porque los demás vamos a desembarcar ahora mismo, capitán. Tanto si es de su agrado como si no lo es.

Buggles volvió la vista hacia Boris.

—Sargento, usted es el responsable del orden en la nave. Le ordeno que arreste a ese rebelde y lo mantenga encerrado hasta que yo lo disponga.

—¡No! —exclamó Harmony repentinamente—. Lo he pensado mejor y no nos moveremos de aquí… por ahora. Capitán, si es una locura permanecer en este planeta, aún es otra mayor salir al espacio perdiendo combustible.

—Dentro de cuarenta y ocho horas no quedará un solo gramo en los tanques —dijo Buggles sombríamente.

—Active usted a sus hombres —dijo ella—. Que busquen la avería, que la localicen. Esa pérdida tendría que notarse de alguna forma. El combustible huele y aquí no se advierte el menor olor extraño. ¿Cómo compagina usted ambas cosas?

Buggles se quedó momentáneamente cortado.

Pero no tardó en reaccionar. Tendió la mano hacia el cuadro de mandos y dijo:

—¡Mire usted los controles, doctora! La aguja se acerca cada vez más al límite de seguridad mínima. Si seguimos así, pasado mañana a estas horas habremos perdido nuestra última oportunidad.

—Todavía tenemos tiempo —resolvió la joven. Miró de reojo a Boris y trató de mostrarse enérgica—. Déme tan sólo veinticuatro horas de tiempo. Si mañana, a la misma hora, continúa la pérdida, autorizaré la partida.

Los dientes de Buggles rechinaron.

—Éstas son las consecuencias de estar mandados por una mujer —masculló.

—¡Capitán! —gritó ella, sofocadísima.

—La lengua quieta, Buggles —advirtió Boris severamente.

Buggles le miró con ira. De pronto, dando media vuelta, se abrió paso a viva fuerza y salió de la cámara, vomitando mil imprecaciones.

Debrais se limpió los labios.

—Doctora, siento lo ocurrido. Pero era necesario hacer entrar en razón a ese testarudo. Los científicos de la nave están trabajando para averiguar las causas de estas alucinaciones. Si encontramos el motivo que las provoca, podremos resolver este problema sin duda alguna.

—¿También el del escape de los tanques? —preguntó Boris intencionadamente.

—El escape no es sino una alucinación del capitán —masculló el biólogo—. ¡Mire usted los contadores, sargento! ¡Deben estar averiados!

Boris empezaba ya a comprender las cosas. Cerró un momento los ojos y deseó que las agujas marcaran la verdad, sin falsificación alguna de los datos correspondientes.

Abrió los ojos y miró el tablero de instrumentos.

La aguja se aproximaba al límite rojo de peligro.

—Lo siento, profesor —dijo—, pero no hay engaño alguno en las palabras del capitán. Compruébelo usted mismo, se lo ruego.

—Yo no entiendo una sola palabra de astronáutica y para mí, todas esas esferas son lo mismo que chino —contestó Debrais abruptamente.

Y salió de la cámara.

Los demás revoltosos le siguieron en silencio. Boris y Harmony quedaron solos nuevamente.

—Ciertamente —comentó él, con acento sombrío—, es una situación bastante difícil.

Ella le miró con ojos brillantes.

—Quizá —dijo lentamente—, usted pudiera resolverla.

—¿Cómo? Solamente soy un simple sargento de Infantería espacial, doctora.

—Actualmente, sí, pero antes…

El rostro de Boris se crispó.

—No —dijo secamente.

—Boris —murmuró la joven—, ¿qué le ocurrió? Usted es algo más que un simple sargento, como ha dicho. ¿Por qué no me lo cuenta? Quizás así se sintiera un poco mejor, ¿no cree?

—No tengo nada que relatar —contestó él en el mismo tono.

—Sí —insistió Harmony—. Tiene mucho que contar. Despréndase de esa capa de hosquedad con la que se envuelve. Sea por unos momentos el que fue tiempo atrás, Boris. Hable con toda claridad… y piense en que acaso pueda estar la solución en sus manos.

Boris se volvió de espaldas. Sus hombros temblaron convulsivamente durante unos instantes.

—Está bien. Puesto que usted lo quiere… ocurrió hace siete u ocho años, cuando yo era segundo a bordo de la «Aquitania». Hice unos cálculos equivocados… y la nave aterrizó mal en la superficie de Saturno. Esperaba, a mi regreso, recibir la patente de capitán y el mando de una nave.

»Aquella catástrofe destruyó todas mis ilusiones. Hubo muchos muertos. Se practicó una investigación y acabé desposeído de mi rango y de mis títulos… y gracias que no paré en la cárcel, porque, a última hora, pudo comprobarse que se había producido una ligera avería en la computadora de órbitas. Pero confiaba demasiado en mí mismo y no se me ocurrió verificar los cálculos, dándolos como buenos. Cuando quise darme cuenta… Bueno, ¿qué más da? Eso es todo, doctora —terminó abruptamente.

Ella se le acercó, poniéndole una mano en el hombro.

—Boris.

El sargento guardó silencio.

—Vuélvase. Míreme —y como se mostrara renuente en obedecer, añadió—: Es una orden, sargento.

Boris giró sobre sus talones.

—Ya lo sabe todo, doctora. ¿Qué más quiere ahora?

Harmony tardó unos segundos en dar su respuesta.

—Que busque usted la avería y repare la nave.

—He estado siete años sin ocuparme de la parte técnica de una astronave —dijo él hoscamente.

—Busque la avería —insistió Harmony.

—Yo era sólo astronauta, no maquinista.

—Busque la avería —repitió ella tercamente—. Lo ha dicho el capitán Buggles: el tiempo corre en contra nuestra. Quizás ellos están obcecados y usted, con carencia de prejuicios, puede encontrar el escape.

Boris se rindió.

—Está bien. —Abrió los brazos—. ¡Mujeres, siempre consiguen de uno lo que desean! Pero dígale usted al capitán que me deje las manos libres o no tocaré siquiera una llave inglesa.

Harmony sonrió satisfecha.

—Se lo diré, sarg… Boris. A propósito, mi nombre es Harmony.

—Un nombre muy bonito. Me gusta.

—Lo celebro —sonrió la joven. De pronto se puso seria—.

¿Verdad que hará todos los posibles por solucionar esta situación?

—Bien, pidiéndomelo de esa manera, no me queda otro remedio que obedecerla. Iré a ver…

Se interrumpió. Fuera de la cámara acababa de oírse un sonido extrañísimo.

Primero fue una carcajada de enorme volumen, con trémolos que parecían brotar de la garganta de un demente. Después, una voz gritó estridentemente.

—¡No saldréis de aquí! ¡Moriréis todos! ¡Estáis atrapados en este planeta, del que nadie ha salido vivo jamás!

Y de nuevo volvieron las satánicas risotadas, que se escuchaban en todos los ámbitos de la nave.

—No saldréis nunca… nunca… ¡nunca!

Harmony sintió un estremecimiento de pavor y, sin poder contenerse, estremecida de espanto, se abrazó al sargento.

—Boris, ¿qué es eso? —preguntó, muy asustada.

Las carcajadas seguían, alternadas poco después con sollozos histéricos, como si la persona que reía hubiese perdido el control de sus nervios.

Boris se desasió de los brazos de la joven.

—Déjeme —pidió, y se lanzó fuera de la cámara.

Fuera, la confusión era enorme. Algunos tripulantes se mantenían serenos, pero eran los menos. Otros, la gran mayoría, corrían enloquecidos hacia la esclusa, atropellándose en su ciega ansia por salir de la nave.

—¡Quietos todos! —gritó el joven.

Pero nadie le hizo caso. La desbandada había comenzado y no había poder humano que pudiera contenerla.

Abriéndose paso a viva fuerza, el capitán Buggles llegó hasta la pareja. Sus ojos despedían fuego.

—Estará usted satisfecha, doctora —bramó—. Ha cometido usted el mayor error al no querer despegar cuando se lo dije. Pero yo voy a corregir ese error inmediatamente.

Y se lanzó hacia la cámara, con ánimo de poner en marcha los motores ascensionales y lanzar la nave al espacio.

Boris le cerró el paso.

—Quieto, capitán —dijo—. Si la doctora estimó conveniente no zarpar, permaneceremos aquí hasta que ella lo disponga.

—Apártese, Fargo —gruñó Buggles.

—No.

El capitán hizo rechinar los dientes. De pronto, sin previo aviso, se arrojó contra Boris.

Éste bloqueó el puñetazo que le lanzaban a la mandíbula. Luego, a su vez, disparó el puño derecho.

Buggles respiró hondamente y cayó al suelo sin sentido. Inmediatamente, Boris se arrojó sobre él y de dos tirones le rasgó la camisa, con trozos de la cual le ató las manos a la espalda.

—Éste ya no nos molestará más, al menos por el momento —dijo. Agarró el brazo de la joven—. ¡Vamos!

Echaron a correr, descendiendo apresuradamente las escaleras que conducían al puente de nivel de la esclusa. Todavía había allí muchos tripulantes, afanándose en buscar la salida.

—¡Oídme todos! —gritó—. ¡Escuchadme!

Algunos volvieron la cabeza. Boris insistió.

—Un poco de silencio, os lo ruego. Escuchadme, por favor.

Sus voces calmaron momentáneamente el tumulto.

—No hagáis caso de lo que acabáis de oír. Es sólo una alucinación externa, pero que no puede causaros el menor daño físico, a menos que lo busquéis vosotros mismos. Tened calma, os lo ruego.

—¿Calma? —barbotó uno de los tripulantes, exasperado—. ¿Calma con las cosas que están pasando en este maldito planeta?

—El planeta está embrujado.

—Nos vamos a volver locos.

Las respuestas que recibió Boris eran todas por el estilo.

Sonrió.

—¿Y para huir de esos fantasmas queréis abandonar la nave? ¿Por qué corréis fuera, precisamente hacia el peligro? Volved a vuestros puestos y conservad la sangre fría. Cada uno puede crearse sus propias alucinaciones si lo desea. ¿Oís? Ya ha vuelto el silencio a la nave. Las carcajadas han cesado…

Las carcajadas sonaron de nuevo, desmintiéndole.

—Quiere engañaros —decía la voz, riendo desaforadamente—. No le hagáis caso. Está loco… loco… loco…

Boris se volvió hacia el lugar donde parecía brotar la voz.

—¡Cállate! ¡Te lo ordeno! ¿Me oyes? ¡Cállate!

—No me da la gana. Tú no mandas en mí —respondió la voz—. Ni siquiera mandas en esos pobres infelices muertos de terror…

Sonó otra atroz carcajada. Los tripulantes perdieron la poca serenidad que el joven había conseguido infundirles y se arrojaron atropelladamente hacia la salida.

En pocos momentos quedó la nave desierta. Cuando el último fugitivo hubo salido al exterior, un silencio penoso substituyó al estruendo anterior.

Harmony se acercó tímidamente a Boris. Sus ojos brillaban a causa de las lágrimas que fluían de ellos.

—Bien —murmuró él—, no sé qué decir. La locura se ha adueñado de esos infelices y es absurdo intentar volverles a la razón.

—Habría un medio —suspiró ella.

—¿Cuál?

—Haciendo cesar las alucinaciones. ¿Por qué si la voz les amenaza con la muerte en este planeta, corren todos a escapar de la nave en lugar de hacerla despegar? ¿Qué conducta tan incongruente es ésa, Boris?

—No lo sé —respondió él—. Todavía no estoy seguro de que sea usted misma la que está delante sino un duplicado irreal.

Ella le pellizcó fuertemente en el brazo.

—Existo, Boris —dijo maliciosamente. Y el gesto disipó buena parte de la tensión reinante.

—Venga —resolvió el sargento, tomándola por un brazo—; vamos a ver qué hace esa gente. Espero que ya se hayan calmado.

Se acercaron a la esclusa. Asomados al borde de la misma, divisaron a los tripulantes en numerosos grupos, unos en pie, otros sentados o tendidos en el suelo, charlando excitadamente entre sí.

—Por ahora parecen relativamente normales —comentó el joven —. Dejémosles que se tranquilicen un momento. Lo que voy a hacer ahora es conectar un altavoz al exterior para que usted pueda hablarles si es necesario.

—Creo que si les dejamos recapacitar un poco ellos mismos advertirán la equivocación que han cometido y regresarán poco a poco a la nave —dijo Harmony.

Boris se dirigió al almacén, donde buscó lo necesario. Cargado con el altavoz y el material preciso, regresó a la esclusa, empezando

a trabajar en el acto.

En uno de los mamparos había una conexión con la red de altavoces, la cual, a su vez, estaba conectada con el micrófono del puente de mando y el de la cámara del capitán, según el que se deseara usar. Al terminar de montar la instalación, Boris dijo:

—Bueno, vamos a hacer una prueba. Harmony, venga conmigo. Diríjales usted algunas palabras para ver si les hace entrar en razón.

—Conforme —respondió la joven.

De pronto, Boris vio a dos o tres soldados haraganeando al pie de la escalera. Frunció el ceño en tanto que sus ojos despedían chispas, de cólera.

—¡Labiza, White, Harrocks! —tronó—. ¡Vengan aquí inmediatamente, si no quieren que los suba yo colgados de sus cochinas orejas!

El tono de Boris no podía ser más profesional. Y, a fin de cuentas, los soldados no sólo estaban sujetos a una disciplina, sino que les había sido inculcado tal sentimiento desde el primer momento de su ingreso en el ejército. Las tonantes imprecaciones del sargento terminaron de tranquilizarles.

Uno tras otro, los tres soldados acabaron por trepar a la esclusa, reuniéndose con Boris y con la joven.

—¿Y bien, malditos idiotas? —bramó él—. ¿Ya se os ha pasado el miedo? ¿De qué os sirvieron aquellos días de experiencia? Nadie morirá en este planeta si conserva la serenidad, ¿me habéis oído?

—Sí, señor —contestó el trío con una sola voz.

—Además —siguió Boris, empleando el perfecto tono gruñón de un sargento irritado—, si se os amenaza con morir en el planeta, ¿por qué diablos abandonáis la nave? Comprendo que, de haberos amotinado, hubierais exigido zarpar de inmediato, pero no arrojaros al suelo de este planeta que es donde corréis el verdadero peligro.

Los tres soldados abrieron mucho los ojos.

—¡Sargento! —dijo Harrocks al cabo—. Usted está equivocado.

El rostro de Boris se congestionó.

—¿Que yo…? ¿Me has tomado por loco, muchacho?

—No, señor —contestó Harrocks respetuosamente—, aunque sí me parece, insisto, que está usted equivocado.

—Explícate —dijo Boris secamente. Harmony seguía el diálogo

con infinita atención.

—No se nos amenazó con morir en el planeta, sino con morir si continuábamos en la nave. Al menos eso es lo que escuché yo. Y éstos también. —Harrocks se volvió hacía sus compañeros—. ¿No es cierto, muchachos?

Labiza y White corroboraron las palabras de Harrocks. Al oírlas, Boris sufrió un fuerte choque.

Miró a la joven.

—¿Qué oyó usted, doctora? —preguntó.

—Que si seguíamos en el planeta moriríamos —respondió ella con firme acento.

Boris se pasó la mano por la cara con el gesto habitual, que denotaba preocupación.

—Yo he oído lo mismo… y éstos dicen que han escuchado todo lo contrario.

—Y todos, sargento —exclamó White—. De lo contrario, ¿por qué iban a huir?

El sargento vaciló unos instantes. Después dijo:

—Doctora, venga conmigo al puente de mando. Sería conveniente que dirigiera unas palabras a la tripulación, tratando de convencerles de que todo ha sido una alucinación. Vosotros —se dirigió a los soldados—, venid también. Quizás os necesite para que habléis a vuestros propios compañeros.

Las cinco personas rompieron la marcha en el acto. Mientras caminaban, Boris dijo:

—Soltaré al capitán. Espero que el golpe que le propiné, lo haya hecho entrar en razón.

Llegaron a la cámara de mando. Boris se echó a un lado para que la joven pudiera pasar.

Inmediatamente de haber cruzado el umbral, Harmony dio media vuelta y se arrojó con gesto convulso en brazos del sargento.

—¡Boris!

Éste abrió los ojos desmesuradamente. Tras él sonaron unas gruesas interjecciones.

Durante unos momentos, Boris llegó a creer que se trataba de una alucinación. Pero muy pronto supo que el capitán Buggles estaba muerto y bien muerto.

La cuchillada que había decapitado casi al capitán había sido

una auténtica realidad y no una visión.

CAPÍTULO IX



petición de Harmony, los principales personajes de la expedición se habían reunido en su cámara. Además de Boris, estaban Hanson, MacDuff, Debrais y algún otro especialista, así como el segundo piloto.

La cordura parecía haber vuelto a la nave. Boris decidió ignorar el pánico que habían sentido aquellos hombres y tratarlos como si los que tenía frente a sí, no hubieran echado a correr lo mismo que el más ignorante de los tripulantes.

—Es evidente que, en esta ocasión, alguien ha tratado de crearnos disturbios —empezó diciendo—. La doctora Torres y yo escuchamos que las amenazas de la voz se referían al planeta. Pero todos los demás, ustedes incluidos, Oyeron que era la nave la que iba a causar nuestra perdición.

»¿Quién se aprovecha, del actual estado de cosas? ¿Quién ha querido, hablando crudamente, sacar tajada de las extrañas cualidades de este planeta?

»Indudablemente, el mismo que asesinó al capitán Buggles. Pero ¿por qué lo asesinó? ¿Tenía algún motivo particular de resentimiento contra él? O, simplemente, ¿trataba de crear una perturbación más?

»Es indudable que la muerte del capitán Buggles obedece a causas bien definidas, pero que ignoramos por el momento. Como encargado del mantenimiento del orden en la nave, voy a tomar sobre mí la responsabilidad del mando de la misma, en cuanto se refiere a esa orden y a practicar las oportunas investigaciones para hallar el asesino del capitán. Porque no cabe la menor duda; esta vez no se trata de ninguna alucinación, doctora Torres, caballeros: el capitán Buggles murió asesinado.

Boris hizo una corta pausa, para permitir que sus palabras fueran bien captadas por los demás.

—De momento —siguió—, voy a rogar a todos ustedes, como personas más representativas de la tripulación, que procuren colaborar en mantener el orden y la serenidad en lo posible, mientras yo trabajo. Señor Dixon —se dirigió al segundo piloto—, usted es ahora el capitán en cuanto se refiere al gobierno de la nave en el espacio. Le ruego ponga a trabajar a sus expertos para hallar las pérdidas de combustible. Yo también fui en tiempos oficial de astronáutica y entiendo de ello, por tanto. Así que mientras tanto, también practicaré indagaciones para ver de hallar esa maldita avería.

Miró a Hanson.

—Doctor, usted, como psiquiatra, procure hallar la causa de estas alucinaciones.

—De acuerdo, sargento. Pero ¿no cree —respondió el aludido—, que sería más conveniente buscar también por otro lado que no fuera el puramente cerebral?

Boris volvió la vista hacia Debrais. Junto a éste se hallaban MacDuff y el químico de la expedición, Fiske.

—Muy bien —aprobó—, que se ocupen de ello los científicos. También soy yo de los que opinan que las alucinaciones padecidas tienen como origen las extrañas cualidades del planeta. Una de tales cualidades, mejor dicho. Si consiguen encontrarla, encontraremos también el antídoto, ¿no es eso?

—Cierto —aprobó Debrais. Se puso en pie—. Empezaremos a

trabajar al instante. ¿Me acompaña, Fiske?

—Con mucho gusto —respondió el aludido.

Uno tras otro, los expertos fueron saliendo de la cámara, hasta que, al fin, Boris y Harmony quedaron solos.

—Parece que hemos vuelto un poco a la normalidad. —Comentó ella.

Boris encendió un cigarrillo. Harmony se lo quitó suavemente.

—¿Quién habrá matado al capitán Buggles? —preguntó muy pensativa.

Boris expulsó el humo del segundo cigarrillo.

—Lo correcto —dijo—, sería preguntarse: ¿Por qué lo mataron? —Hizo una corta pausa—. Nunca me arrepentiré lo suficiente de haberle atado, dejándole indefenso ante el asesino.

—Usted no tiene la culpa, Boris —murmuró la muchacha—. En aquel momento hizo lo más conveniente. Quizá Buggles hubiera muerto en cualquier otro instante.

Boris asintió.

—Me voy preguntando —dijo—, quién pudo ser el asesino. A la fuerza tuvo que quedarse dentro de la nave, esperando el momento propicio.

—Boris —exclamó ella—, ¿no será el mismo que provocó la alucinación de la voz?

—Desde luego. Pero ¿por qué hacer creer a los tripulantes que era la nave la que estaba embrujada y a nosotros el planeta?

—Quizá —murmuró Harmony lentamente—, trataba de achacarnos a nosotros la culpa del crimen.

Boris abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Cielos! Ésa es una posibilidad que no se me había ocurrido. —Y agregó—: Pero, afortunadamente, llamé a les tres soldados. Ellos mismos pudieron comprobar nuestra inocencia en la muerte del capitán. Recuerde que la sangre seguía aún manando de la herida cuando hallamos su cadáver.

—Sí —corroboró ella, estremeciéndose con fuerza—. Lo cual indica que Buggles había sido degollado apenas un minuto antes. Y nosotros estuvimos más con Harrocks y sus compañeros.

Boris apretó los labios.

—La muerte de Buggles no se debe a un loco —dijo—. Pero yo encontraré al asesino, lo juro, y puede creerme que le haré pagar

caro el crimen que ha cometido. Buggles podría ser cualquier cosa y tener mal genio pero, a fin de cuentas, era el capitán de la nave, una persona en suma. Y no se puede matar a una persona sin sufrir el consiguiente castigo.

—¿Por dónde piensa empezar, Boris?

El sargento consultó su reloj.

—De momento, por algo muy importante: por la revisión de los tanques. Éste es otro problema que acabará volviéndonos locos… si es que ya no lo estamos.

Oprimió afectuosamente la mano de la joven.

—Procure ser valerosa, Harmony —dijo—. Verá cómo, al final, todo se resuelve satisfactoriamente.

Ella sonrió suavemente. De pronto, alzándose sobre las puntas de los pies, alargó la cara y rozó con los suyos los labios del sargento.

—Vaya, Boris —murmuró, roja como una guinda— y que Dios le proteja.

—Amén —respondió él. Y salió de la cámara.

La normalidad parecía haber vuelto a la nave, aunque todos los rostros aparecían serios y preocupados. Sin vacilar, Boris se dirigió a la sala de control de motores, en donde estuvo hablando un buen rato con el maquinista jefe.

Al terminar, dijo:

—De modo que no se ha observado visual ni olfativamente ninguna pérdida de combustible.

—No, sargento. Pero los indicadores lo señalan claramente.

Boris asintió con la cabeza.

—¿Le importaría que yo echase un vistazo a los depósitos de combustible?

—En absoluto, sargento. Pero no olvide ponerse antes el traje de protección. Oiga, ¿ya sabrá usted manejarlo?

Boris sonrió débilmente.

—Descuide —murmuró.

Un cuarto de hora más tarde se había enfundado el pesado traje de protección, completamente estanco y provisto, además de los depósitos de aire, de calefacción interior, ya que los tanques de combustible, debido a la naturaleza volátil del mismo, debían ser mantenidos continuamente a una temperatura inferior a los −25.º,

con el fin de evitar que se licuasen primero y vaporizasen después, con lo que se habría producido la explosión sin duda alguna.

Acompañado del maquinista jefe, Boris entró en la cámara de tanques. La cámara era una especie de tubo gigantesco, de más de cien metros de largo por veinte de alto, repleto todo él de otros tubos menores, pero aun así de tamaño muy respetable, que eran los tanques de combustible.

En tierra era preciso mantener la cámara por debajo de los veinticinco grados negativos. Una vez en el espacio, bastaba abrir una portilla para obtener la baja temperatura requerida, a fin de impedir la volatilización del combustible.

La nave pesaba varias decenas de miles de toneladas y hubiera resultado imposible moverla a no ser por los generadores de campo antigravitatorio que suprimían el peso para permitir su despegue. Pero los generadores consumían energía y esta energía era facilitada por el combustible cuya disminución resultaba ya tan alarmante.

Los tanques estaban colocados estratégicamente, de modo que se pudiera pasar entre ellos con facilidad para inspeccionarlos. Había también escaleras metálicas que permitían el acceso a los tanques colocados en lo alto.

Provisto de un detector de fugas, Boris, acompañado del maquinista jefe, empezó a examinar tubo por tubo. La labor hubiera resultado interminable, de no haber sido porque un setenta y cinco por ciento de los tanques estaban ya vacíos, consumido el combustible en los cuatro años precedentes. Cada tanque estaba provisto de una lámpara piloto de color verde que substituía al color rojo indicador de que el depósito contenía aún combustible en su interior. Al agotarse el carburante, se encendía la luz verde.

Facilitada su tarea por estás indicaciones, Boris dejó a un lado las luces verdes y empezó a inspeccionar las rojas. El detector que llevaba en las manos señalaría inmediatamente cualquier pérdida.

Seis horas más tarde, Boris hubo de retirarse, sumamente fatigado, sin haber encontrado el escape.

Se despojó del traje y bebió con ansia una taza de café que le ofrecieron en la cámara de maquinistas.

—¿Están seguros —preguntó de súbito—, que el detector funciona?

—Absolutamente —dijo el jefe de maquinistas—. Precisamente

no hace ni dos horas que lo había revisado, quiero decir dos horas antes del jaleo que nos echó a todos fuera de la nave.

Boris asintió.

—Entiendo. De este modo, sus indicaciones son correctas. —Miró en torno suyo—. Usted no tiene aquí contadores de combustible.

—No —contestó el maquinista—. Están en el puente de mando.

Boris refunfuñó algo entre dientes acerca de la manía actual de los ingenieros proyectistas de reducir al mínimo las complicaciones en el gobierno de las astronaves. Allí debiera haber existido otro sistema de comprobadores de combustible y no lo había.

Apuró el último sorbo de café.

—Gracias —dijo—. Entonces, tendré que mirar por otro lado.

Estaba cansado, pero su misma excitación le impedía dormir. Fue a ver a Harmony y le contó lo que sucedía.

—¿Qué haremos, pues, Boris? —preguntó ella.

—La pérdida prosigue. Tal como pronosticó el capitán Buggles, mañana habremos llegado al límite de seguridad mínima.

—Pero eso no puede ser —exclamó la joven—. Usted ha entrado en la cámara de tanques. No es ya que el detector hubiera señalado la fuga de carburante, sino que usted mismo tendría que haberla visto con sus propios ojos. Además, la cámara se ha abierto varias veces. El combustible vaporizado habría salido al exterior… y en la nave se fuma continuamente. ¿Qué cree que hubiera sucedido si alguno de los maquinistas hubiese encendido entonces un cigarrillo?

—Habríamos volado, sin duda alguna. Pero eso no excluye la realidad de la cuestión, Harmony. Nos estamos quedando sin combustible.

—¿No se trata de una alucinación? —sugirió la joven.

—¡Demonios, no! He procurado concentrarme en mí mismo, barriendo de mi mente toda influencia ajena, a fin de percibir la realidad de las cosas. Y los indicadores de combustible señalaban correctamente las existencias del mismo en los tanques.

Harmony abrió los brazos, desalentada.

—Entonces —murmuró—, si para mañana no hemos logrado localizar la avería, tendré que dar ineluctablemente la orden de zarpar, corriendo todos los riesgos.

Boris cuadró las mandíbulas.

—Todavía tenemos tiempo —dijo. Y salió bruscamente de la habitación.

En el corredor vaciló unos momentos. Después, se le ocurrió que no estaría de más arrojar un vistazo a los trabajos de los científicos.

El laboratorio de la astronave estaba situado en el centro, un poco hacia proa. Caminó rápidamente, entrando en el mismo minutos después.

Debrais, Fiske y algunos otros trabajaban con ahínco. Boris reparó de pronto en que había una jaula con unos animales extraños en su interior.

Después de los primeros saludos, preguntó:

—¿Qué hacen ahí esos animales?

—Los cacé yo —dijo Fiske—. Son como conejos terrestres y estamos estudiando su anatomía para ver si podemos sacar algo en limpio.

En una mesa había un conejo abierto en canal. Uno de los científicos estaba haciendo con el animal experimentos de disección.

—¿Han sacado algo en limpio? —inquirió.

Fiske meneó la cabeza.

—Nada, por ahora. Sargento, esto lleva tiempo.

—Bien —suspiró Boris—. Tendremos que resignarnos. Volveré más tarde.

Se retiró a su cámara, tendiéndose en la litera. Prendió un cigarrillo, que se colocó entre los labios, colocando luego las manos bajo la nuca.

Hizo caso omiso de la charla de los soldados, que parloteaban en torno suyo como cotorras en la jaula.

Procuró concentrarse en sus propios pensamientos.

Recorrió mentalmente todos los sucesos ocurridos desde el momento del aterrizaje y en los cuales él había tomado parte directa. Desde que White viera moverse un árbol por primera vez hasta las últimas palabras cambiadas con Fiske. Desmenuzó minuciosamente los sucesos, tratando de ahondar hasta la entraña de los mismos.

La charla de los soldados se atenuó. Era hora de descanso y uno tras otro iban tendiéndose en las literas. Boris sintió que se dormía

también.

De pronto, una frase llegó a sus oídos, atravesando las brumas que ya empezaban a envolver su cerebro.

—Estamos perdiendo combustible —gruñó Skacz—. Pero no encuentran la pérdida.

—Los indicadores no mienten.

El que hablaba ahora era Harrocks.

—¿Estás seguro? Han revisado los tanques, pero ¿quién ha revisado los contadores?

Boris se sentó en el lecho como impulsado por un resorte.

Miró a los que hablaban con ojos muy brillantes.

—¡Skacz! —llamó.

El soldado volvió la cabeza.

—Repite eso que has dicho —le ordenó Boris.

—Bueno, sargento —Skacz se mostraba muy confundido—, yo creí que usted estaba dormido y…

—Olvídalo, rayos —rezongó Boris—. Has dicho que nadie ha revisado los contadores de combustible.

—Eso creo yo, sargento. Aunque a lo mejor, me he ido de la lengua y…

Boris se tiró de la litera. Pegó una fuerte palmada en la espalda del soldado que casi lo derribó y emitió una amplia sonrisa.

—No te preocupes —dijo—. Creo que has dado con la solución. Todos estábamos ciegos… y teníamos los ojos abiertos, sin embargo. Gracias, muchacho. Sin querer, has realizado una acción estupenda.

Y salió de la cámara, dejando tras sí una pareja de hombres completamente estupefactos.

La nave estaba en silencio. Todo el mundo dormía y la iluminación de los puentes y corredores, tal como sucedía en el período nocturno, aun en el espacio, se había reducido al mínimo.

Sin causar el menor ruido, pero también moviéndose con rapidez, Boris se encaminó hacia la cámara de mando. Estaba satisfecho pero, al mismo tiempo, se insultaba a sí mismo por no haber sabido hallar antes la solución.

—¡Tan fácil y sencilla que es! —dijo en voz baja.

Pronto llegó a la cámara de mando. La estancia se hallaba desierta. No teniendo que navegar, el oficial de guardia sobraba.

Abrió la puerta y dio al conmutador, inundando la cámara de luz. Se acercó a los contadores y los examinó durante unos momentos.

Sonrió duramente. Cada minuto que pasaba estaba más cerca de la solución.

Volvió la cabeza y miró en torno suyo. Abrió un cajón y lo cerró a los pocos momentos. Buscó en dos más y, al cabo, encontró el destornillador que necesitaba.

Levantó la mano izquierda y manejó el mando de bloqueo de instrumentos, tornándolos inactivos.

Las agujas indicadoras quedaron en el mismo sitio. Ya no registraban ningún dato.

Empezó a mover el destornillador con gestos rápidos y precisos. Una tapa de vidrio saltó fuera. Luego una arandela metálica. A continuación otra tapa y otra arandela.

Quitó las dos agujas de ambas esferas. Después sacó éstas, poniendo al descubierto un, aparentemente, inextricable amasijo de cables, tensores y muelles.

Respiró satisfecho. Un extraño no hubiera sabido ver allí nada de particular, excepto lo descrito. Mas para un ojo experimentado como el suyo, la alteración de la estructura era evidente.

¿Quién había modificado la combinación de cables y demás?, se preguntó, un segundo antes de oír a sus espaldas un extraño ruidito.

Quiso volverse, pero en aquel momento, algo cayó sobre su cráneo con terrible fuerza.

CAPÍTULO X


e le doblaron las rodillas y hubo de agarrarse con una mano al borde de la mesa de instrumentos para no caer al suelo.

Trató de defenderse con la otra. El primer golpe le había dejado muy débil, pero sabía que si se rendía, acabaría como el capitán Buggles.

Este pensamiento infundió nuevas fuerzas a su cuerpo. Se enderezó, disparando su puño contra el mentón de su contrincante, el que retrocedió, trastabillando.

Boris se rehízo en parte. La cabeza le dolía enormemente, mas a pesar de todo se dijo que no le convenía dar descanso a su enemigo pues podía significar su fin.

Saltó de nuevo hacia él. Algo centelleó en la mano del individuo. Boris esquivó la cuchillada por centímetros, saltando a un lado.

El asesino le miró con ojos de loco.

—No —dijo en voz baja—, no le dejaré que viva. Ha averiguado

mi secreto y tiene que morir. Lo mismo que el capitán Buggles.

—Usted falseaba deliberadamente los indicadores de combustible. ¿Por qué?

Boris trataba de distraer la atención de su contrincante.

—El mando de la nave me corresponde a mí —contestó el asesino—, y cuando tomemos posesión de este planeta en nombre de la Tierra, le pondremos mi nombre.

—Está loco —dijo Boris—. Tire ese cuchillo y se ganará una absolución. Nadie podrá acusarle formalmente de haber cometido un crimen durante un ataque de insania.

—No, no estoy loco. Y aunque lo estuviera, no quiero que me declaren como tal. —El asesino jadeaba—. El capitán Buggles tuvo mala suerte de despertar cuando yo estaba manipulando con los indicadores a fin de hacer más bajas las cifras. Peor para él; me reconoció y tuve que degollarle, porque entonces comprendió lo que sucedía.

—¿Fue usted el que imbuyó en la mente de los tripulantes que la nave estaba embrujada?

—Sí.

—Y a mí y a la doctora, nos hizo creer todo lo contrario. ¿Por qué?

—Era preciso que les culparan de lo que sucedía. Repito que el mando de la expedición me corresponde a mí. Incluso tenía que haberla mandado antes que el doctor Baunder.

—Usted está amargado porque le postergaron. ¿Qué culpa tenemos los demás de lo que le sucede? —objetó el joven.

—La doctora no puede estar por encima de mí. Y usted la ayuda y, además, ha descubierto la verdad. Por lo tanto, tiene que morir.

—¿Y cómo justificará mi muerte cuando descubran mi cuerpo?

—No lo descubrirán. Llevaré su cadáver a la linde del bosque y los monstruos lo devorarán. Y nadie más volverá a saber del sargento Fargo.

Boris se lamentó de su estupidez.

—Debí haberlo descubierto antes —dijo—. De otro modo, ahora no me vería en esta situación.

El asesino enarcó las cejas.

—¿Quiere eso decir que sabía ya todo lo que ocurría, sargento?

—En cierto modo, sí, aunque entonces no reparé en ello.

Recuerde, estábamos aquí, después de que el capitán Buggles abandonó la nave, irritado por la negativa de la doctora a dar la orden de zarpar. Usted dijo que el escape era una alucinación del capitán. Y añadió: «Mire usted los contadores. Deben estar averiados». ¿Cómo sabía que estaban averiados si unos segundos después se contradijo y manifestó que esos instrumentos eran para usted lo mismo que chino? Claro que sabía que los indicadores estaban averiados… porque era usted mismo, profesor Debrais, el que causaba las averías.

—Es cierto. Pero ahora nadie lo sabrá. Muerto usted, haré que la doctora sea desposeída del mando de la expedición y, aprovechándome de las extrañas cualidades de este planeta, obligaré a los demás a aceptarme como su jefe. Entonces, arreglaré los indicadores, diré que fue una alucinación… y cuando regresemos, seré el hombre más célebre de la Tierra.

Boris miró con horror no disimulado al hombre que tenía frente a sí.

—Loco —murmuró—. Está loco de remate. El resentimiento, más que la estancia en el planeta, es lo que le ha quebrantado la mente por completo. Profesor Debrais, tire ese cuchillo. Es lo mejor que puede hacer.

—¿Tirarlo? —Debrais rió agriamente—. No será sino después de haberlo hundido en su cuerpo. Y eso va a suceder ahora mismo.

Boris se vio perdido. Físicamente, era superior a su enemigo, pero la locura, megalomanía más bien, que se había apoderado de la mente de Debrais, quizá ya debilitada por las alucinaciones padecidas, le infundía unas fuerzas extraordinarias.

«Si no ando listo, me pinchará», pensó, sin quitar ojo de la cara de Debrais.

El asesino dio un paso hacia adelante, blandiendo el cuchillo en la mano. Boris sintió un extraño vacío en el estómago y retrocedió poco a poco, hasta que un mamparo salió al encuentro de su espalda cortándole la retirada.

Debrais rió siniestramente.

—No escapará usted, sargento. Buggles le espera con los brazos abiertos en el inf…

Las palabras del biólogo fueron cortadas repentinamente por dos sonidos: un disparo y un grito.

El disparo procedía de la pistola de Skacz y el grito de la garganta de Harmony.

Mientras Debrais se derrumbaba lentamente, Skacz dijo:

—Creo que he llegado a tiempo, ¿no es cierto, sargento?

Boris se limpió con la manga el sudor de la frente.

—En este momento me pareces un ángel, muchacho —dijo.

Harmony corrió hacia él y se colgó de su cuello.

—¿Estás bien, Boris?

—Sí. —El sargento hizo una mueca—. Un poco temblón todavía, pero ya se pasará. —Y miró el cuerpo inerte de Debrais.

La gente se agolpaba en la puerta de la cámara.

—Vamos a tener lío para explicar todo esto —dijo Boris sombríamente.

—¡Nada de eso! —exclamó la joven.

—¡Cómo! No te entiendo.

Dos soldados entraron y se llevaron el cadáver de Debrais. Boris miró a Harmony con aire estupefacto.

—Escuchamos claramente vuestra conversación —manifestó la joven.

—Y por eso yo —añadió Skacz—, vine hacia aquí con una pistola en la mano.

—Pero no lo comprendo —murmuró él—. ¿No se tratará de una alucinación?

—En absoluto. Vuestras voces resonaban por todos los altoparlantes de la nave —contestó serenamente Harmony.

De repente, Boris se sintió asaltado por una sospecha. Volvió la cabeza hacia el cuadro de instrumentos y rompió a reír.

—Ya lo entiendo —dijo—. Cuando Debrais me golpeó por primera vez, yo estuve a punto de caer al suelo. Y me hubiera desplomado, a no ser porque me agarré con una mano al borde de la mesa. Entonces, sin querer, toqué el interruptor de la red general de altavoces.

—Y nosotros lo oímos todo —dijo MacDuff—, con lo que el misterio de la escasez de combustible ha desaparecido ya —movió la cabeza—. Ese hombre era un resentido y su mismo resentimiento le condujo primero a la locura y luego al crimen.

—Pero aún queda otro misterio por resolver, profesor —alegó Boris—. Las alucinaciones.

En aquel momento titiló una lámpara en el cuadro de mandos.

—¿Sargento? —llamó una voz a través de un micrófono.

—¿Quién es? —preguntó Boris.

—Fiske. Venga hacia el laboratorio, pronto, se lo ruego.

—Muy bien.

Boris intuyó que Fiske tenía que decirle algo grave. Se dio prisa en llegar al laboratorio, adelantando a todos los demás.

Fiske le salió al encuentro, con un pequeño frasco de vidrio en la mano.

—Huela, sargento —dijo el químico, destapando el frasco.

Boris obedeció, sumamente extrañado.

Inmediatamente sintió un olor entre dulce y picante. Aspiró con fuerza.

El laboratorio perdió su forma bruscamente. Las paredes se curvaron y los instrumentos y objetos de vidrio se deformaron espantosamente. Fiske creció hasta alcanzar varios metros de altura.

Oyó voces en torno suyo, pero le pareció que llegaban desde grandísima distancia. Luego vio que Fiske le acercaba al rostro algo que parecía una colosal salchicha de metal brillante.

Las visiones desaparecieron de pronto. Se sentó en el suelo, muy mareado.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó—. He visto cosas muy raras…

El químico sonrió satisfecho.

—Ha respirado usted, en estado puro, una pequeñísima cantidad del gas que produce las alucinaciones, sargento.

—¿De dónde lo ha sacado usted? —preguntó Boris, estupefacto.

Harmony y los demás asistían al diálogo, interesadísimos.

—Empecé a pensar en las causas que producían las pesadillas —respondió el químico—. Fue eliminando una tras otra hasta que, de pronto, recordé que el analizador automático de la nave había registrado, en la composición de la atmósfera, la presencia de un medio por ciento de un gas desconocido aunque inofensivo.

»No tan inofensivo, porque, como habrá podido apreciar, resultó ser la causa de tales alucinaciones, unas individuales y otras colectivas. Pero sus efectos desaparecen con unas cuantas inhalaciones de oxígeno puro, que es lo que he hecho con usted, Fargo.

»Habrán podido darse cuenta —Fiske se dirigía ahora al resto de los atentos espectadores—, que llevamos ya bastantes horas sin sufrir ninguna alucinación. ¿Qué significa eso? Sencillamente, que el organismo humano se habitúa a la presencia de ese gas. Por supuesto, cuando se colonice este planeta, será preciso establecer estaciones para inmunizar a la gente contra las alucinaciones, una especie de cuarentena de una o dos semanas como máximo, al cabo de cuyo tiempo podrán circular libremente por el planeta. Quizá —concluyó—, nosotros veamos aún alguna cosa rara, pero estimo que dentro de una semana nos encontraremos perfectamente normales.

—Todo se reduce, pues —observó Harmony—, a llevar durante esos días una botellita con oxígeno puro para aspirarlo si nos damos cuenta de que estamos sufriendo una alucinación.

—Exactamente —aprobó el químico. Miró el frasquito que contenía el gas que había sintetizado en el laboratorio—. He aquí —comentó—, una substancia ideal para los ilusionistas. Se forrarían si lo hicieran respirar a su público.

—Mejor es que sigan con sus trucos antiguos —rezongó Boris—. La muerte de Beratti es algo que no le deseo al peor de mis enemigos.

—Quizá —observó Harmony—, resultó demasiado sensible al influjo del gas.

—Como sea, creo que el profesor Fiske ha dado en el clavo al sugerir la cuarentena —dijo Boris—. Permaneceremos una semana encerrados en la nave y luego nos dedicaremos, ya inmunes a los efectos del gas, a realizar una concienzuda exploración del planeta. La Tierra nos espera, nos esperan miles, cientos de millares de colonos en potencia, y hemos de procurar responder cumplidamente a la confianza que han depositado en nosotros.

* * *

Una semana más larde, se celebró una sencilla ceremonia. Era la toma de posesión del planeta en nombre de la Tierra.

Cómo jefe de la expedición, Harmony se encargó de izar la bandera de la Tierra. Los cuatro colores del planeta —rojo por la sangre de sus habitantes, verde por sus plantas, amarillo por su suelo y azul por sus aguas y el cielo—, distribuidos en cuatro franjas

horizontales, ondearon al recibir los efluvios de la fresca brisa matutina.

Harmony pronunció la frase sacramental.

—En nombre del gobierno de la Tierra y como su delegado en este acto, tomo posesión del planeta en que nos hallamos y le impongo el nombre de… de…

Se cortó súbitamente. A nadie se le había ocurrido buscar un nombre adecuado para aquel planeta.

Boris resolvió rápidamente la embarazosa situación en que se hallaba la joven.

Dio unos pasos hacia delante y exclamó:

—A este planeta se le impone el mejor nombre que podía hallarse en las actuales circunstancias. Se le llamará Harmony, en honor de la doctora Torres y para que la armonía, la paz y la buena voluntad reinen siempre en sus futuros habitantes.

Una exclamación unánime acogió las palabras del sargento. Los soldados, capitaneados por el entusiasta cabo Tooper, emitieron tres sonoros hurras.

Harmony miró a Boris. Éste tomó en las suyas una de las manos de la joven.

—¿Volveremos aquí a colonizar, Boris? —preguntó ella.

—Si tú lo quieres…

Harmony levantó la vista al cielo.

—¿No echarás de menos el espacio si un día nos resolvemos a vivir en este planeta?

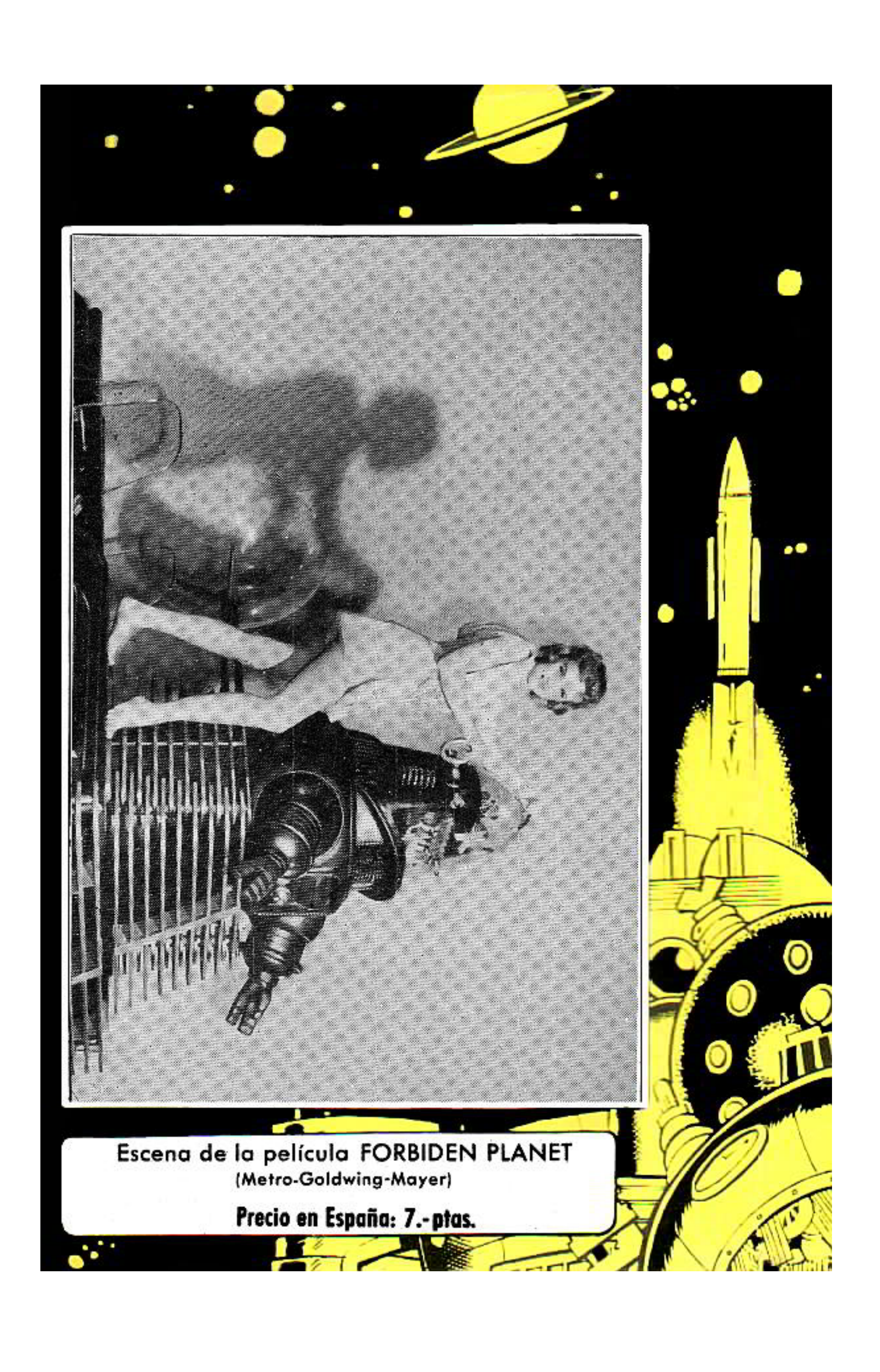
—No creo que tú me dejes tiempo para tanto —rió él.

Harmony rió también. Oprimió suavemente la mano de Boris.

Quizá se establecieran como colonos en aquel planeta. Había muchos peligros, el gas de la locura, los monstruos, pero ¿qué colonos no se habían visto nunca en alguna dificultad?

Si se amaban, y se amaban con toda la potencia de sus corazones, vencerían todos los peligros. Y vivirían eternamente felices.


FIN



Escena de la película FORBIDEN PLANET
(Metro-Goldwing-Mayer)

Precio en España: 7.-ptas.



LUIS
GARCÍA
LECHA.
Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.